

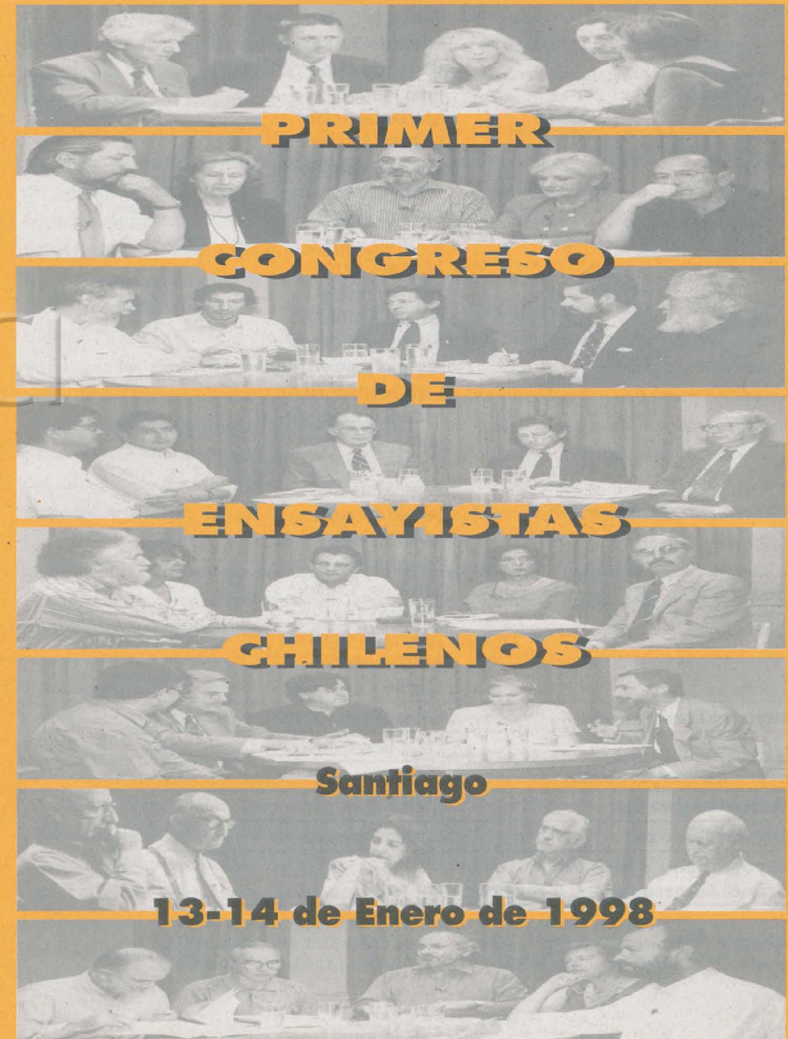


**REVISTA  
DE CRITICA  
CULTURAL**



CONSEJO NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA

# La vuelta de tuerca



CeDInCl

## PRIMER CONGRESO DE ENSAYISTAS CHILENOS

<b>Pensar, una tarea permanente</b>	Ricardo Lagos	1
<b>La Vuelta de Tuerca</b>	Sergio Marras	2
<b>CONVERSACIONES EN TORNO AL ENSAYO</b>	Naín Nómez Raquel Olea Rafael Otano Juanita Gallardo Tomás Moulian Eduardo Sabrovsky Bernardo Subercaseaux Julio Piñones María del Solar Gabriel Salazar Volodia Teitelboim Fernando Lolas Sofía Correa Rodrigo Vera Marcel Claude Hernán Neira Cecilia Montero Alfonso Calderón Alfredo Jocelyn-Holt Juan Manuel Fierro Federico Galende Jaime Valdivieso Carla Cordua Patricio Meller Sergio González Javier Pinedo Edison Ortiz Salvatore Cirillo Gilberto Triviños Leopoldo Castedo Adriana Valdés Martín Hopenhayn	3
<b>El Ensayo y Latinoamérica</b>	Grinor Rojo	5
<b>Sin nombre...</b>	Olga Grau	9
<b>El espesor de las palabras</b>	Guadalupe Santa Cruz	13
<b>La palabra quebrada</b>	Martín Cerda	18
<b>Políticas de la doxa</b>	Cecilia Sánchez	23
<b>El ensayo chileno e hispanoamericano: interrogantes y réplicas</b>	Roberto Hozven	28

Esta publicación es una separata del N° 16 de la Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Santiago de Chile. Directora: Nelly Richard. Diseño Gráfico: Guillermo Feuerhake.

## Pensar, una tarea permanente

Saludos de Ricardo Lagos, presidente de la Fundación Chile 21, a los participantes del Primer Congreso de Ensayistas Chilenos

Recuerdo, hace muchos años, cuando aún estaba en el liceo, me tocó hacer un trabajo sobre Mariano José de Larra, ese escritor español de comienzos del siglo XIX que escribió sobre el ensayo y las características de este particular género literario. A partir de entonces, aprendí que Chile había sido un país de ensayistas. El país de José Victorino Lastarria, de Benjamín Vicuña Mackenna y de tantos otros.

El ensayista -aquel intelectual que piensa la sociedad en su integridad, diferente al especialista que sabe mucho de algo pero que no siempre puede relacionar cosas de campos distintos- está en una situación de privilegio para tener una visión de país, para escudriñar en el alma nacional, para ver cómo se va forjando una sociedad; y para frente a ese proceso ser capaz de pensar que esa sociedad se puede cambiar para mejorarla.

La tradición del ensayo chileno, por cierto, permea también una parte importante del siglo XX. Pensemos en Aníbal Pinto, ese hombre que fue capaz de explicarnos por qué el desarrollo potencial del Chile del siglo XIX se frustró. Pensemos en Francisco Encina que, en su momento, con su ensayo *Nuestra inferioridad económica*, intentó explicar, quince años antes del Centenario, por qué el Chile del Centenario no fue lo que se propuso. Y así, tantos otros ejemplos.

El ensayo ha sido un género que nos ha permitido en muchas ocasiones mirar lo más profundo de nosotros mismos. Se ha dicho que somos un país de poetas, de historiadores; lo cual es cierto pero también, sin lugar a dudas, es y ha sido un país de pensadores. Durante mucho tiempo fueron las universidades y los centros de investigación donde radicaba la capacidad de pensar del país. No es el momento de analizar qué ocurrió, y por qué esto dejó de ser así. Afortunadamente, uno tiene la percepción de que el ensayo está de vuelta. Estamos cosechando los esfuerzos de algunos que hoy ya no están con nosotros, como Mariano Aguirre, que fue capaz de involucrarse en el trabajo crítico; antes Hernán Godoy con sus trabajos sobre la identidad chilena; y antes, aun, Martín Cerda con sus trabajos sobre el género propiamente tal. En fin, son muchos los que han construido el ensayo chileno contemporáneo.

Esta reunión con ustedes, este primer encuentro de ensayistas nacionales, es de una gran importancia y quisiéramos, como Fundación, continuarlo como una tarea permanente porque, qué duda cabe, pensar un país es un gran desafío intelectual pero al mismo tiempo es un gran desafío político. Un país no se construye sólo con cifras económicas. Se construye también, y fundamentalmente, con su capacidad de pensar.

Este Congreso lo hemos podido realizar con el apoyo de muchos. Y muy especialmente con el apoyo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. A todos quienes nos han apoyado, como presidente de la Fundación Chile 21, les doy mis agradecimientos.

También quiero dar las gracias a ustedes por su participación, por haber respondido a nuestra invitación, que en último término busca reencontrarnos con una larga y honrosa tradición nacional: la posibilidad de pensar el país de una manera permanente, desde lo que cada uno de nosotros somos, y ser capaces de entregar ese pensamiento para construir una sociedad mejor. Después de todo, la labor del ensayo es una mezcla de utopía y de realismo, de invitar a soñar a partir de los hechos, de tres o cuatro hechos que el ensayista reúne con los que construye una visión nueva y estimulante.

Les deseo mucho éxito.

LA VUELTA DE TUERCA

Sergio Marras\*

El 13 y 14 de enero pasados se realizó en Santiago el Primer Congreso de Ensayistas Chilenos, organizado por la Fundación Chile 21 y financiado por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, al que llamamos *La Vuelta de Tuerca*, porque consideramos que al género le hacía falta un pequeño apretón para recolocarse en el lugar que siempre había tenido en Chile.

Fue interesante poder escuchar a algunos de los más destacados pensadores que residen en Chile sobre los más diversos temas de interés nacional como la relevancia del pensamiento regional, la existencia de un pensamiento propio consolidado, la importancia o la no importancia de tener una identidad chilena, el estado del ensayo nuestro en la ciencia, la filosofía, la economía o la política. Sin duda, entre lo más estimulante estuvo el ejercicio sistemático de oír a la gente que vino de la mayoría de las regiones del país.

Alguno de ellos dijo, por ejemplo, que prefería la globalización a la dependencia intelectual de Santiago. Cosa que me pareció notable porque yo había tenido alguna vez ese sentimiento y me había sentido poco patriota. No sabía por qué prefería ver los noticieros de Televisión Española, la CNN e incluso de la televisión argentina antes que los noticieros chilenos. Me sentí más aliviado, menos culpable. No era el único que pensaba que el periodismo nacional, salvo excepciones puntuales, estaba dedicado a no informar y, en general, no por culpa de los periodistas, editores o directores sino por culpa de una mano invisible que los obliga a publicar lo que otros suponen que vende más.

A la noche siguiente del Congreso, me sentí parte de una cordada poco ruidosa pero muy extensa que busca información donde puede, recurriendo mucho a la prensa y a las bibliotecas nacionales o extranjeras. Y esto no por esnobismo, simplemente por la necesidad de saber qué se piensa en el mundo ya que, en general, aquí sólo interesan las peleas del área chica y no cualquier pelea, generalmente, las más inconducentes e irrelevantes.

Los ensayistas de regiones dieron una lección de sabiduría no sólo por estar adecuadamente informados sino que también mostrándonos la clara ventaja de mirar el país y la vida desde la perspectiva de un desierto, de unos bosques, de unos hielos, sabiendo que no podrán tener casi nunca la posibilidad de ser famosos, escribir best sellers, acceder al poder, o ser escuchados por el Centro. Eso los hace ser más auténticos y tener, paradójicamente, una visión del país menos provinciana y más profunda que muchos de los capitalinos.

En Chile se ha dejado de pensar de una manera global justamente al intentar ser los más globales posibles. La tarea de pensar que recayó tradicionalmente en los intelectuales desde las universidades o desde los centros de investigación independientes se ha perdido. No hay aportes significativos en el campo del desarrollo de las ideas por razones, no me cabe duda, ajenas a los académicos que allí trabajan. Desgraciadamente, hoy muchos de ellos se han tenido que desligar de su quehacer natural por la sencilla razón de que es muy difícil vivir de pensar en Santiago de Chile.

Por supuesto que se puede nombrar a personas y centros académicos que han hecho aportes notables pero que lo han hecho en solitario, con muy poca o ninguna ayuda del país y con una nula influencia en la vida nacional.

Con la muerte de Octavio Paz termina una etapa del ensayo latinoamericano que será muy difícil de llenar. En Chile una tradición de ese nivel, que alguna vez existió, hoy ha desaparecido.

Desde hace un tiempo, por ejemplo, se ha formado una brecha entre el pensamiento global, la política y la economía. Esta separación debe terminarse porque es la única forma de que estas últimas estén regadas por agua de vertiente y no por aguas estancadas. Sólo así Chile podrá salir de esta larga siesta que uno de los participantes de este Congreso definió optimistamente como provisorio.

Mucho se ha dicho que Chile es un país de poetas. Siempre lo fue también de pensadores. Sin embargo, nos cuesta reconocerlo. Pareciera ser que el verbo pensar no nos gusta y sin duda hoy está muy desprestigiado.

Lo que quedó claro, después de escuchar a todos los participantes, es que sí hay chilenos que están trabajando con la cabeza y que deberían ser escuchados por la gente que maneja el poder político, económico, militar, eclesiástico y especialmente el poder de los medios masivos de comunicación. Quizás saldríamos antes de las peleas de barrio y nos pondríamos de cabeza a hacer un país que mire más allá de la punta de su nariz. Así lo hicieron antes Andrés Bello, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Jorge Ahumada, Benjamín Vicuña Mackenna, Benjamín Subercaseaux, Joaquín Edwards Bello, Anibal Pinto, entre tantos otros cuyos frutos se han propagado hasta hoy.

Por estos días, afortunadamente, el ensayo pareciera revitalizarse nuevamente como género y a todos nos debe interesar que esta incipiente revalorización continúe y se amplíe y Chile ya no sea sólo un país de poetas sino que también, y porque siempre lo fue, un país de pensadores relevantes que se pueda poner en la vanguardia de América Latina como lo pudieron hacer, en su momento, México, Colombia o Venezuela.

Pensar a Chile hoy, en la situación crítica institucional que se encuentra y las consecuencias que ésta podrá tener para su desarrollo cultural e ideológico futuro, no es sólo una tarea cultural, es una tarea de gran política. Debemos encontrar las ideas que nos ayuden a conocernos mejor, a proyectarnos, a aprender a mirarnos. Una nueva actitud frente a la tarea de pensar podría lanzarnos con potencia al nuevo siglo, sacándonos del provincianismo, proyectándonos hacia un Chile con valores más diversos y más democráticos para hombres y mujeres con mayor capacidad de nobleza ciudadana.

Pienso que este Primer Congreso de Ensayistas Chilenos ha sido un primer aporte, pequeño pero valioso, para relanzar a la cancha a nuestros pensadores nacionales.

\*Director del Área de Cultura y de Valores, Fundación Chile 21

# Conversaciones en torno al Ensayo

Invitada por la **Fundación Chile 21** a elaborar una versión editorial del Primer Congreso de Ensayistas Chilenos, la **Revista de Crítica Cultural** publica esta selección de fragmentos ordenados según nuevos ejes temáticos. La R.C.C. y la Fundación Chile 21 también invitaron a algunos autores, no presentes en el evento original, a sumarse a esta conversación recreada, que incorpora así textos adicionales de Grinor Rojo, Ólga Grau, Guadalupe Santa Cruz, Martín Cerda, Cecilia Sánchez y Roberto Hozven.

## La forma "ensayo": género, estilo

El ensayo es un subgénero no totalmente definido. Como dice Alfonso Reyes, es el centauro de los géneros. A fines del siglo XIX, se cree en el positivismo y se trata de establecer ciertas fijaciones de género: esto es novela, esto es historia, esto es ensayo, etc. Hoy, los géneros son mucho más movibles y el ensayo es una especie de híbrido que se mete por todos lados.

Históricamente, el ensayo se estaría moviendo entre dos extremos: uno, donde el texto se preocupa mucho más de la forma, como podríamos ver en su origen, con Montaigne; y otro donde trata de acercarse a las verdades científicas, como lo podríamos ver en Comte.

Creo que, en Chile, no ha habido un gran ensayismo literario, porque hay una tendencia a denigrar todo aquello que no se acerca a lo científico. Basta recordar lo que se dijo sobre Bilbao, sobre Venegas, lo que se ha dicho sobre muchos libros que hablan de la realidad, pero en una perspectiva en que el estilo es tan importante como lo que se está objetando: ese estilo metafórico, ese estilo oblicuo que ha sido aquí mal visto, a diferencia de lo que ocurre en otros países de América Latina. Octavio Paz es reconocido como un gran ensayista mientras no lo son ni la Mistral ni Neruda. Lo mismo con Pablo de Rokha, polemista, abridor de realidades: nadie sabe que ha escrito ensayos muy importantes.

El ensayo ha sido una especie de género menor en la literatura chilena.

Quería citar a Adorno cuando dice que *«el ensayo no se propone ni producir científicamente ni crear algo artísticamente. El esfuerzo del ensayo refleja algo del ocio infantil que se inflama de lo que otros ya han hecho»*. Es interesante lo del juego y de la experimentación, de la búsqueda explorativa y conceptual, porque al trabajar experimentando conceptos y lenguajes el ensayo incorpora aspectos de la subjetividad en esa experimentación.

Dentro de los géneros literarios, el ensayo es un género desprestigiado, por cuanto le falta una cierta tradición formal: es un género no tan independizado en su forma. Creo que el ensayo se marca fundamentalmente por una actitud dubitativa de quien escribe. Es un género en el cual se escribe experimentando, interrogando, yendo, volviendo, revolviendo, abriendo el objeto. En la tradición de la escritura de mujeres, se ha pensado que el ensayo ha sido poco utilizado, justamente por este carácter conceptual, de experimentación en la conceptualización. Sin embargo, creo que estas características del ensayo de abrir su objeto, de tantear permanentemente con la escritura, de dudar, de no cerrar, de no entregar una verdad, son aspectos que corresponden más a la categoría de lo femenino que a la categoría de lo masculino. Cuando digo «femenino», me refiero a un lugar poco cierto, un lugar incierto, un lugar de no poder, un lugar moviedizo.

Nain Nómez

Raquel Olea



MESA 1  
El ensayo como  
reivindicación y  
renuncia

• Juanita Gallardo  
SERNAM  
• Tomás Moulian  
UNIVERSIDAD ARCIS  
• Raquel Olea  
CASA LA MORADA  
• Rafael Otano  
U. ANDRES BELLO

Conduce  
Rafael Ruiz M.  
FUNDACION CHILE 21



Rafael Otano

Me gustaría recordar una descripción que hace del ensayo Octavio Paz. Dice que él recuerda, cuando tenía 23, 24 años, su encuentro con Ortega y Gasset que para él era el gran ídolo. Y Ortega con su habitual petulancia le dijo: «aprenda alemán y póngase a pensar, olvide lo demás.» Pero, O. Paz dice: «el ensayo es un género que no tolera las simplificaciones de las sinopsis. El ensayista tiene que ser diverso, penetrante, agudo, novedoso, y dominar el arte difícil de los puntos suspensivos. No agota su tema ni sistematiza: explora. La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los extremos que, sin cesar, la acechan, del tratado y del aforismo: dos formas de congelación».

Juanita Gallardo

Yo entiendo el ensayo como un espacio de libertad para reflexionar donde uno no tiene que andarse cuidando la espalda como siempre lo hacemos: donde no hay necesidad de respaldar cada afirmación con citas o con cifras. Permite una forma innovadora de reflexión, abrir ventanas al pensamiento. Es el momento de la herejía a partir del cual estructurar un pensamiento crítico.

Creo que, en estos momentos, le decimos «ensayo» a todo lo que no es novela, investigación científica, memoria, crónica. Yo trataría de conciliar la concepción clásica del ensayo con la necesidad de darle un nombre a toda una producción intelectual que no es sólo literaria.

Tomás Moulian

Yo estoy de acuerdo con que, en el ensayo, tiene que haber una voluntad de transgresión, de ir más allá de los límites del propio lenguaje o de la propia percepción. Un ensayo es un arreglo de cuentas con uno mismo sobre sus modos de decir. Ni siquiera es una crítica a la sociedad, sino es una crítica al lenguaje que la sociedad nos ha transmitido.

Entonces, me gusta la idea del ensayo más como un esfuerzo de habla, de discurso, que de verdad. El lenguaje del ensayo permite hablar en un lenguaje acategorial en el sentido de que no necesariamente ocupa las definiciones y los conceptos tal como están validados en las ciencias establecidas.

EL ENSAYO Y LATINOAMERICA

Grinor Rojo\*

Aunque se hable a veces de ensayos premodernos y se invoquen a modo de ejemplos los *Diálogos* de Platón, la *Poética* de Aristóteles, las *Epístolas a Lucilio* de Séneca, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, las *Vidas paralelas* de Plutarco o *Las siete partidas* de Alfonso X El Sabio, el ensayo, como la novela, es un género moderno y sería por completo inconcebible sin el tránsito que lleva desde el dominio de la verdad revelada y la fe al de la razón y el libre examen. Como es hartito sabido, su origen debemos ir a buscarlo en un autor, una obra y una fecha. El autor es Michel de Montaigne, la obra son sus *Essais* y la fecha es 1580. Muy cerca de ese origen habría que consignar un segundo antecedente también fundacional: el de los *Essays*, de Francis Bacon, libro publicado en 1597. En cuanto a que el ensayo no sea concebible si no es dentro del paraguas de la modernidad, una buena prueba de ello es que, según dice José Luis Gómez Martínez, los lectores españoles no tuvieron la ocasión de disfrutar de sus beneficios sino hasta bien entrado el siglo XIX. No sólo eso, sino que durante el siglo XX él ha seguido siendo en ese país objeto de menosprecio por parte de algunos barones de la crítica.

Primer rasgo genérico que a mí me parece susceptible de consideración: la insistencia en este tipo de textos del *utile et dulce* horaciano que, en nuestro caso, podría refrasearse como una convergencia entre la razón y el arte o, concertando el *dictum* de un par de autores célebres, como la ubicación de los libros de ensayos entre los “libros útiles”, que decía Lukács, y los “superfluos”, que decía Ortega. En efecto, si nosotros pensamos la cosa desde el punto de vista del *trivium* medieval, que conjuga la gramática con la lógica y la retórica y al que Paul Man recurre contemporáneamente con deleite, lo característico del ensayo pareciera ser la combinación y el equilibrio que los escritos de este género establecen entre los campos que el *trivium* consideraba privativos del lógico y del retórico. Equidistante por igual del texto explicativo que del literario, el ensayo pretende siempre ser uno de ellos, pero escapándose hacia el otro.

En segundo lugar, convendría apuntar a la preferencia del ensayo por la provisionalidad (el término mismo lo dice tanto en español como en francés y en inglés. La última edición del *Diccionario* de la Academia acumula para la voz “ensayar” un total de ocho acepciones de las que

cuatro comienzan con la palabra “probar” o “hacer la prueba”). El ensayo deviene, de acuerdo con esto, el discurso de un pensar que es más bien un “tantear” y que por lo mismo produce sólo barruntos, aproximaciones sobre temas diversos y abiertos siempre a la rectificación y/o a la coexistencia con otros barruntos y con otras aproximaciones. El señor de Montaigne reconoció este prurito en su propia escritura, cuando admitió que en sus *essais* él cambiaba de opinión cuando y cuanto se le daba la gana, abandonándose a la duda y a la incertidumbre, y a su “manera” habitual que era “la ignorancia”.

De lo anterior se desprenden dos rasgos asociados y contradictorios sólo a primera vista: la iconoclasia y la tolerancia. Por una parte, el ensayo es por lo general el discurso de un pensar nuevo acerca de lo ya estatuido y su mejor combustible lo proporciona la rebeldía, *v.gr.*: el desacuerdo que quien lo escribe experimenta respecto del orden de cosas que existe o tal como él existe; por otra, es el discurso de un pensar que no se considera a sí mismo definitivo, que es más bien una invitación a reflexionar otra vez y a seguir reflexionando con otros, en la *compañía* de otros, acerca de algunos asuntos que, aunque se daban por sabidos, en realidad no lo son tanto. Un problema serio que surge a raíz de todo esto es el de la relación del ensayo con la verdad: se diría que el discurso ensayístico precede y sucede a los discursos verdaderos, cualesquiera que estos sean, o que simplemente no cree en ellos.

El fragmentarismo puede ser un quinto rasgo destacable. Observamos que en el ensayo no se advierte mayor simpatía por la exhaustividad de los “grandes relatos”, los relatos tectónicos y totalizadores, aquellos que contienen o que aspiran a contener sistemas completos. Roland Barthes, que es un ensayista sin duda, escribe, por ejemplo, en este sentido, los *Fragmentos de un discurso amoroso* y no un “tratado” acerca del amor. Más aún, no es raro que el ensayo elija y que se apasione en la elaboración de un asunto que para la jerarquía de los grandes sistemas no puede menos que ser secundario e incluso insignificante (otra vez, el mejor testimonio lo suministra Montaigne. El decía que escogía “al azar” el primero de sus argumentos, pues para él todos eran igualmente buenos y no se proponía agotarlos, y que las más de las veces examinaba el tema de su interés adentrándose no en aquel aspecto que pudiera estimarse decisivo desde el



punto de vista sistémico sino en el más “inusitado”). Un ejemplo contemporáneo cabe encontrarlo una vez más en Barthes, en *El sistema de la moda*. En cualquier caso, no cabe duda de que en la preferencia por el fragmento radica una afinidad importante entre el ensayo y el postestructuralismo.

Sexto: el ensayo es escritura de segundo grado. Al contrario de los demás géneros, que pueden serlo o no de una manera ocasional y en definitiva irrelevante, al ensayo le gusta ser escritura en torno a o sobre una experiencia ya formada, la que puede provenir de otro texto, de una obra de arte o de una entidad social con características más o menos precisas. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, como decía Lukács, la relación del ensayo con su materia es o suele ser irónica. El mejor ensayista usa su objeto inmediato o explícito como pretexto para otra cosa. A menudo, el objeto de los grandes ensayos no es el que el texto declara como tal.

Afirman los profesores Angel del Río y José Bernardete que existen los ensayos “puros”, los ensayos “poético-descriptivos” y los ensayos “crítico-eruditos”, pero lo cierto es que, como descubre Gómez Martínez, los de la segunda familia son “prosa poética” y los de la tercera “tratados”. Robert Scholes, en sus *Elements of the Essay*, incurre también en este deporte clasificatorio y declara que el ensayo puede ordenarse de acuerdo a por lo menos dos criterios: según la presencia máxima o mínima del hablante en el discurso (predominio o desdén de/por la presencia del emisor y la función expresiva o emotiva del lenguaje, como dirían los lingüistas) y según su relación (o su contagio) con los llamados géneros literarios mayores. El resultado es una taxonomía de ensayos personales y objetivos o con pretensiones de objetividad, por un lado, y por el otro, ensayos narrativos, dramáticos y poéticos. A propósito de esto último, una de mis estudiantes me ha hecho notar recientemente la atracción que demuestran los ensayos de mujeres por los llamados “géneros menores”, el diario de vida, la epístola, etc.

Pero, ¿cómo nos sirve todo esto a nosotros los latinoamericanos? Mi opinión es que nos sirve a medias, y siempre que no se pierdan de vista dos factores: la certeza de nuestra tardía modernidad, así como la larga historia de sus anticipaciones discursivas, y la relación deformadora y transformadora que la cultura latinoamericana tiene y ha tenido desde siempre con (con respecto a) la cultura metropolitana o, en otras palabras, la historia de nuestros *misreadings* de lo que en esa otra cultura

se ha hecho. Habría que admitir pues que en la América Latina premoderna existió el ensayo moderno y que éste adoptó por lo general un carácter porvenirista o simplemente utópico, siendo el porvenir o la utopía el advenimiento de la modernidad plena. Es así como yo doy comienzo a la historia del ensayo latinoamericano con Sor Juana Inés de la Cruz, en el siglo XVII, y específicamente en 1691, con la publicación de su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (desde un punto de vista diferente, en la *Respuesta* encontraremos también un documento jurídico y una autobiografía pero eso es harina de otro costal). De ahí salto hacia algunos textos posteriores, como los de Simón Rodríguez, José Joaquín Fernández de Lizardi y Simón Bolívar, antes y durante las guerras de la independencia, para instalarme a continuación en Bello y en los textos progresistas de la época romántica, especialmente en los argentinos, los chilenos y los mexicanos. Todo ese material es ensayística latinoamericana moderna, aunque escrita antes y en anticipación de la modernidad. En seguida me preocupo del ensayo latinoamericano moderno, el que coincide con su época, articulado en tres y quizás cuatro fases: la de iniciación de la modernidad (González Prada, Martí, Rodó, Cabello de Carbonera, Hostos), la fase de la primera transformación de la modernidad (Vasconcelos, Mariátegui, Martínez Estrada, Mistral, Reyes, Henríquez Ureña, Picón Salas, Mallea, Samuel Ramos, tal vez Borges), la fase de la segunda transformación de la modernidad (Paz, Sábato, Rama, Fernández Retamar, Castellanos, Cornejo Polar) y hasta pudiera ser que estuviéramos asistiendo hoy día a los albores o de una tercera metamorfosis. Respecto de esta última, mi amigo Jaime Giordano ha hecho notar la ausencia que se descubre en las manifestaciones más recientes del género de las antiguas voces proféticas, magistrales o sabias, la desconstrucción del sujeto ideológico, la asunción por parte del hablante de su situación en el mundo así como también su diversificación, ya que se trataría de un hablante cuya entereza se descompone y multiplica. Pero el que eso esté anunciando en nuestra historia escrituraria la desaparición del texto ensayístico moderno y su reemplazo por un texto ensayístico “postmoderno” es uno de esos pronunciamientos en relación con los cuales yo quisiera defender mi abstinencia por unos cincuenta años más.

\*Crítico y ensayista literario, autor de *Dirán que está en la gloria* (1997). Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Nosotros vivimos en un espacio público donde hay necesidad de utilizar argumentos públicos que deben recurrir a una cierta evidencia, dar un cierto fundamento, y esas son las verdades cotidianas de la ciencia. Pero hay una tensión enorme entre esta verdad pública y lo que podría llamar una verdad del corazón, una verdad de la convicción. El ensayo quizás es como un intento de buscar un lenguaje que reunifique una cierta verdad interior con la verdad pública, sin que esta verdad quede sometida al régimen de la verdad científica. Es muy difícil hablar de otra verdad porque uno corre el riesgo de caer en un fundamentalismo, pero sí yo hablaría de un cierto deseo por la utopía del lenguaje, como dice Barthes, aunque Barthes dice también que se presenta un problema cuando la utopía se confunde con la lengua de la utopía. El ensayo trataría de mantener vivo un cierto deseo que justamente va más allá de esta distinción entre lo privado y lo público.

Yo citaré a mi querido Musil que decía: «un ensayo no es la expresión provisional o accesoria de una convicción que podría ser elevada a verdad en una oportunidad mejor y que también cabría reconocerla como error, sino que un ensayo es la forma definitiva e inmutable que la vida interior de una persona da a un pensamiento categórico. Nada le es tan extraño como la irresponsabilidad y la mediocridad de las ocurrencias llamadas subjetividad, pero tampoco verdadero y falso, prudente e imprudente, son conceptos aplicables a tales pensamientos protegidos en leyes no menos severas por aparecer delicadas e inefables. No ha habido pocos de estos ensayistas y maestros de la vida interior. No hay por qué nombrarlos: su reino está entre la religión y la ciencia, entre ejemplo y doctrina, entre el amor intelectual y la poesía. Su nombre es con y sin religión y a veces son simplemente hombres enredados en una aventura.»

El ensayo es un género muy vacilante, un género de conjeturabilidad, no de verdades sino de búsqueda, de apresar y dejar escapar. Así pensado, ese género tiene poca presencia entre nosotros. Lo que más hay en Chile es el género del ensayo histórico, con propuesta del tipo Alberto Edwards, Mario Góngora, Alfredo Jocelyn-Holt, no el ensayo cultural propiamente tal. Si vemos la tradición anglosajona, las memorias tienen una gran presencia. Aquí estamos como rigidizados, no sé si será el modelo francés.

El ensayo discute, duda, trata de enseñar, pero no hace proposiciones concretas; es decir, no intenta reemplazar a la ciencia. Por lo tanto, cuando los historiadores y los economistas se han metido en el ensayo, se han metido a sabiendas que no van a encontrar ahí las soluciones que andan buscando. El ensayo es una propuesta que arma una visión de la realidad por debajo, es decir, a través de lo que no se dice: a través de las carencias, de las lagunas del lenguaje. Por eso que se enfatiza tanto la parte del estilo.

La constitución del lenguaje en el ensayo, literario o no, tiene que ver con lo persuasivo. La cualidad seductora del lenguaje deriva de su aspecto formal. Pero la preocupación por el lenguaje no es puramente retórica o estilística. Si bien algunos aspectos de estilo también pueden ser considerados, tal como dice Vargas Llosa: «el contenido arde en la forma» como puede arder en una llama. Cada lenguaje debe buscar la mayor fuerza en el idioma para expresar singularmente la verdad de su autor.

También quiero recordar una frase de Roland Barthes que me gusta mucho. En su discurso inaugural en el Collège de France, él se manifiesta muy alegre, pero también muy sorprendido, un poco perplejo, por haber sido convocado a ese lugar porque él dice “yo en verdad escribo ensayos” y dice “el ensayo es un género ambiguo donde la escritura disputa con el análisis”. Creo que hay algo muy de fondo en mirar el escenario del ensayo como la puesta en escena de una cierta disputa entre dos protagonistas, la escritura, el análisis, y que esa disputa es sobre la verdad: una disputa que recorre gran parte de la historia cultural de occidente.

Eduardo Sabrovsky

Bernardo Subercaseaux

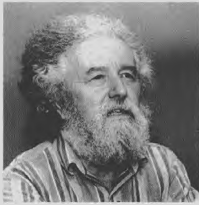
Naín Nómez

Julio Piñones

Eduardo Sabrovsky

## El ensayo, hoy: actualidad y fin de siglo

Tomás Moulian



Hay una moda de reivindicar hoy el ensayo produciendo una demarcación que no me gusta: la demarcación entre la ciencia y el ensayo, como si la ciencia y sus supuestos epistemológicos no estuvieran también viviendo un poderoso proceso de destrucción. Todas las ciencias están en una época de experimentación. Estamos, por lo tanto, en una época en que los límites entre el ensayo y la ciencia son límites que se están entrecruzando cada vez más.

¿Qué son Derrida, Baudrillard, Lipovetsky, Jameson? ¿Científicos, filósofos, ensayistas? La ciencia también hoy día está en una fase muy crítica en la cual ella misma no sabe lo que es, pero como el ensayo no tiene que probar nada sino hacer preguntas, tiene mucho mayor rendimiento en una época que no está segura de las bases epistemológicas sobre las cuales se constituye el saber.

Eduardo Sabrosky

Yo quería señalar un riesgo: el hecho de considerar el ensayo como pura divulgación de un saber ya hecho. Una imagen según la cual el ensayista pasaría a ser una especie de periodista de la ciencia o de la filosofía o de la política. Creo que la vigencia actual del ensayo entre nosotros tiene mucho que ver con el colapso de las visiones totalizantes del mundo. Lo que a mi generación le ha tocado vivir es el colapso de la gran metafísica de occidente que analizaba un saber respecto de un orden trascendente de las cosas. Creo que ese colapso abre el terreno para plantear una conciencia aguda de que las verdades con las cuales trabaja la ciencia y la filosofía son siempre verdades relativas, cambiantes, falseables.

El ensayo se instala en un espacio de lo tentativo, de una escritura que se asemeja más a la escritura de la literatura o incluso a la escritura poética en el sentido de que hay un intento imposible por rehacer un vínculo perdido entre las palabras y las cosas. En ese sentido, el problema de la escritura no es una cuestión anexa.

María del Solar

Pensando en el ensayo, creo que es tal vez el género literario que más podría acomodar hoy día frente a todo lo que se llama «nihilismo»: la caída de valores, la ruptura de grandes conceptos y metarrelatos. Ya no habría cómo escribir un tratado a lo Kant o a lo Leibniz. Ningún gran historiador se atrevería a hacer una historia universal sino que pequeñas historias o historias parciales. El ensayo, como el nombre lo dice, es tanteo de algo que no tiene un carácter exhaustivo.

Al lado del ensayo, se dan diferentes formas de expresión: están las confesiones, los aforismos. Los contenidos del pensamiento apelan, hoy, a una forma mucho más fragmentaria y más suelta de expresión.

Raquel Olea

Quizás no sea tan pertinente seguir tan apegados al ensayo como género en términos canónicos. Quizás sea más productivo hablar de producción de textos críticos.

Me gustaría hacer otro alcance en relación a los cruces de fronteras genéricas y referirme a la relación del ensayo con la crónica que se ha destacado por su habla de lo actual. La crónica también cruza fronteras ensayísticas con una mirada crítica, de develamiento de lo que los lenguajes dominantes ocultan. Estoy pensando, por ejemplo, en la escritura de Pedro Lemebel en Chile o Carlos Monsivais en México.

Gabriel Salazar

El ensayo ha sustituido en gran medida el no trabajo sistemático de las ciencias sociales sobre nuestra realidad presente. El éxito del libro de Tomás Moulian tiene muchísimo que ver con que es un ensayo crítico y con que las ciencias sociales en Chile no están produciendo investigaciones de fondo sobre los problemas que está viviendo nuestra sociedad. Entonces hay una correlación importante: la precariedad de nuestra historia, la no respuesta del estado, de las clases políticas dirigenciales a los problemas del país, la no respuesta sistemática de las ciencias sociales. La necesidad de recurrir al ensayo, a mi juicio, tiene que ver con una pro-

## SIN NOMBRE...

Olga Grau\*

¿Qué habla en el ensayo? Quién habla. Los límites del qué y del quién quedan borrados en la escritura que toma relieve desde la materia privilegiada de lo ensayístico, la experiencia. Se escribe con el propio tejido de las crisálidas que han encapullado los distintos tiempos de uno mismo. La reflexión es urdimbre, cestería de formas que expone los huecos, las interrupciones, en el querer nombrar y decir. El lenguaje se escapa, se nos hace huidizo. A ratos no quiero más las palabras: que todo se quede sin nombre.

Probamos entintar en otra materia lo vivido, lo pensado, que nos pone en un tiempo que perdemos y retenemos al unísono, en el instante musical de las palabras.

El ensayo intenta hacer siempre una apuesta por una cierta novedad, en el tema, en la perspectiva, en el lenguaje. O se prueba, simplemente, a ver cómo queda. Y en esa puesta a prueba se asoma inevitablemente lo afectivo del interés, queda de algún modo visible o transparentado, lo temido y lo deseado, lo burdo y lo elemental. En medio, todavía, de todas las erudiciones que un ensayo pueda poner en juego, éstas se apañan por la pasión del propio deseo de escritura, del hallazgo de los nombres, de aquello que remueve el ánimo.

Siempre inconcluso, la libertad del género lo permite, sin final ni feliz ni infeliz, se muestra en su inacabamiento. Pareciera un manifiesto de lo fragmentario de la experiencia humana, que quiere constituirse en tal, en medio de sus hilachas.

En el ensayo se producen alquimias imprevistas e imprevisibles que rodean problemas que han hecho sentido para quien escribe, siempre de un modo

impotente. Quien pretendiera en un ensayo estabilizarse a sí mismo, debilita su propia escritura. No hay ensayo sino a partir de la experiencia de la muerte, al acecho, del límite que mira al abismo ajeno y propio.

De pronto, puede un ensayo ser a pedido, encargado, inscrito en un contexto, pero si éste no hace sentido para quien escribe no logra configurarse ni siquiera en su precariedad. Este ensayo ha sido a pedido, ¿para quién? ¿para qué? Siento que es posible que yo escriba, que le escriba a alguien, que me escriba para alguien. Soy la criatura de mi parto, en la fluctuación de este instante.

Una pregunta es posible, ¿se puede escribir como sujeto en una modernidad que lo lleva al límite de su posibilidad? Si el yo es el fundamento del ensayo propiamente tal, sólo se escribe ahora desde un yo caído, en desgracia, desfallecido y desfalleciente. Se reflexiona desde un sí desarticulado, con una memoria devastada.

Surge una suerte de escritura íntima, que desnuda la particularidad de la propia experiencia, de la inteligencia sensible que evoca e invoca el lenguaje desde un presente. El ensayo asume el error, los propios actos fallidos del sujeto, los hilos brillantes de su líquido babosiento. Ejercicio placentero, en fin, en el ensayo de la aprehensión de un sí mismo, búsqueda inestable y frustrada.

Brevemente escribo, desde una concentración necesaria, con la brevedad que también es el tiempo del cuento, del propio cuento.

\* Profesora de Filosofía, investigadora y coordinadora del Área de Educación y Cultura de la Corporación de Desarrollo de la Mujer "La Morada", y co-autora de *Discurso, Género y Poder* (1997).

MESA 7  
La educación y el ensayo  
en Chile

- Sofía Correa  
UNIV. DE SANTIAGO
- Fernando Lolas  
UNIV. DE CHILE
- Julio Piñones  
UNIV. DE LA SERENA
- Rodrigo Vera  
O.N.U.

Conduce  
Roberto Trejo  
FUNDACION CHILE 21



puesta teórica improvisada, de emergencia, coyuntural, a los problemas de nuestro país. Si lo comparamos con el rigor que se plantea en las ciencias sociales, el ensayismo chileno es deficiente en términos de rigurosidad teórica, metodológica, epistemológica. Pero, en términos históricos, de historicidad, no historiográficos, el ensayismo en Chile ha sido de relevante importancia; a mi juicio más que las ciencias sociales. ¿Por qué? Porque de una forma u otra, el ensayismo en Chile, más que estar al servicio de un género, tiende a reflejar un estado de opinión confuso y difuso y, por otro lado, es formador de opinión. Creo que ahí radican las virtudes y el éxito que han tenido recientemente los ensayos en Chile. Reflejan un estado de opinión, un estado de ánimo, un estado de frustración, un estado de búsqueda.

Volodia Teitelboim

La novedad con el ensayo es que por primera vez, no sé en cuantos años, está en la primera línea de la aceptación del público. Habitualmente, es la novela, el cuento, la narrativa, etc.; la poesía viene en último término desde el punto de vista de la amplitud del mercado, porque salvo en el caso de algunos poetas muy determinados, no es materia comercial dentro de un sistema neoliberal que ha establecido lo inmediato como el tema central: la economía, los temas del consumismo y también del entretenimiento.

El ensayo de Tomás Moulian, que ha producido una especie de explosión, muestra que hay un público ansioso, desconcertado, perplejo, lleno de interrogaciones, que quiere tener conciencia de su propio país y de la hondura de este desastre que produjo el golpe militar. Creo entonces que el ensayo está respondiendo a una inquietud profunda, a una angustia colectiva, y por eso se está leyendo hoy no sólo a Moulian sino a un gran estallido de muchos ensayos.

Raquel Olea

Me parece que la resignificación del ensayo hoy día cobra también un valor especial en la medida en que estamos avasallados por el lenguaje de los medios de comunicación masiva que exigen un cierto lenguaje fácil, publicitario.

Hay un mercado lingüístico de los medios que exige hablar de una cierta manera y está el peligro de que la crítica que se ejerce desde allí pueda volverse muy servil a esta maquinaria publicitaria.

## Educación, pedagogía, divulgación

El ensayo tiene una cierta voluntad pedagógica, porque va no sólo contra la cientificidad del momento sino también contra un cierto sentido común impuesto o prevalente en la sociedad. Y esta voluntad pedagógica se ve en los grandes ensayistas: desde luego en Montaigne y en Francis Bacon. No quiero decir «divulgación», porque el ensayo es explorador, pero sí hablar de una función pedagógica del ensayo, no en el sentido de un plan de gran instalación de un nuevo orden pero sí de la voluntad sutil de renovar la conciencia colectiva apelando a conceptos que están circulando por la sociedad pero rompiendo a la vez con el sentido común.

Tal vez lo que caracteriza propiamente al género ensayístico sea una forma especial de narrativa que privilegia la invención, y crea así unos objetos de los cuales después vamos a poder hablar. Junto con los textos, podríamos también poner dentro del género de ensayo aquellos discursos o piezas oratorias que los prohombres y las promujeres de la educación chilena presentaron en circunstancias especiales. Ninguno me parece más adecuado para destacar la importancia de esta narrativa de invención no ficticia sino fáctica que el discurso pronunciado por don Andrés Bello en 1843 cuando instaló la Universidad de Chile. La academia de gente de letras que era la universidad de la época se convirtió de alguna manera en parte del imaginario social.

Yo plantearía la inquietud de cómo puede desarrollarse un tipo de reflexión intelectual libre, un poquito asistemática, en una institucionalidad cultural que está apuntando permanentemente a medir la productividad de quienes forman parte de ella: estoy pensando en los profesores universitarios, por ejemplo, o en quienes están trabajando en las ONG's. La categoría de la productividad permea todo el sistema de la institucionalidad cultural en Chile (los concursos académicos de investigación) y está obligando a las universidades a medir permanentemente el rendimiento de sus académicos en base a «publicaciones», con todo el apremio que esto significa. Un apremio que dificulta el silencio que requiere la reflexión, ese tiempo «perdido». Veo ahí un escollo muy difícil de saltar para lograr una reflexión intelectual más inventiva.

Yo me limitaría a entender el ensayo como un género en construcción que ha sido utilizado históricamente de manera diversa. Ofrece pensar, imaginar, proyectar. Creo que el ensayo, en definitiva, es un instrumento de democracia, donde uno puede expresar su utopía. En educación tenemos una enorme producción de ensayo en la reforma de 1929 y en la reforma de 1965. El 70-73 es un período donde se pone en tensión el papel de la educación en el proceso de transformación social y creo que llegando al año 1990 se está pensando la educación en una economía globalizada, en una modernización del estado, en una redefinición de las relaciones sociales, políticas y culturales.

Me inclinaría por un concepto de ensayo que va más allá del texto, que abarca el hecho social que lo provoca, lo genera.

El texto escrito, el libro sólido que vemos es la concreción pasajera de un proceso social: todas las conexiones entre personas y los debates de repente cristalizan en libros y ésos son los que leemos. Se me ocurre pensar que el ensayo es un proceso social, un procedimiento que puede ser didáctico, terapéutico u otro, y un producto. De tal manera que nosotros a veces estudiamos los productos, los textos que nos dejó don Darío Salas o lo que escribieron los prohombres de la patria, descontextualizados del proceso social que los generó. Pero a mí no me interesan tanto los productos en el proceso educativo como el hecho de que podamos revertir el proceso dinámico que les dio origen y convertirlos en procedimientos: proceso, procedimiento, producto. No estamos siendo suficientemente diligentes en generar procesos sociales que nos obliguen a la discursividad, a entendernos con el lenguaje y generar este proceso social que a veces se va a concretar en productos y que también podríamos convertir en procedimiento para desarrollar lecturas.

Rafael Otano

Fernando Lolas

Sofía Correa

Rodrigo Vera

Fernando Lolas



MESA 3  
El ensayo económico-social en Chile

- Marcel Claude  
FUNDACIÓN TERRAM
- Cecilia Montero  
CIEPLAN
- Patricio Meller  
UNIVERSIDAD DE CHILE
- Hernán Neira  
UNIVERSIDAD AUSTRAL

Conduce  
Clarisa Hardy  
FUNDACIÓN CHILE 21



## El ensayo económico: saber técnico, verdad científica

El ensayo económico en Chile muestra una preocupación por los temas que orientan la construcción de un estado moderno. La génesis del ensayismo económico en Chile, que algunos historiadores sitúan aproximadamente en la mitad del siglo XVIII, tiene que ver con la creación en España y en Chile de estas sociedades de amigos del país y con los primeros escritos sobre problemas sociales: sobre, por ejemplo, cómo transformar la educación hacia una educación más productiva. Los primeros ensayistas chilenos son empresarios, son hombres de negocios, son grandes comerciantes que empiezan a aparecer en esa época de construcción del estado moderno; de la contraloría, de los principales ministerios, etc. Los primeros escritos del ensayo económico chileno tienen mucha relación con la necesidad de vincularse a la construcción de un estado moderno eficaz para la temática del desarrollo. Esa ha sido la característica del ensayo tradicional en materia económica en Chile, aunque después probablemente Cieplan inicia un tipo de ensayo más técnico, salvo los trabajos de Alejandro Foxley en la época de oro de Cieplan, que tenían un mayor contenido de difusión y de crítica ideológica.

Hernán Neira

Revisando un poco el trabajo de ensayistas e historiadores, llegamos a la conclusión de que los economistas son más bien articulistas: escriben artículos extraordinariamente técnicos sobre su respectiva materia y con gran competencia, pero no escriben ensayos.

El ensayo económico está hecho por historiadores o por sociólogos. Pienso por ejemplo en *Nuestra inferioridad económica* de Francisco Encina que es de 1911. Ya es antiguo, pero creo que allí hay un buen modelo de lo que es una exposición clara, sin gran aparato teórico, de un conjunto de problemas, que no son por lo demás solamente técnicos, sino que involucran todo lo que es la economía (la producción, las finanzas) en su dimensión social.

Cecilia Montero

Se da el fenómeno de que los cientistas sociales escribimos en una mezcla bastante híbrida: entre el paper científico que se nos pide en los congresos internacionales en nuestras disciplinas y un tipo de texto más académico en el cual hay componentes teóricos, pero que tiene, en el caso de Chile, una característica histórica: la de estar orientado al tema del poder en ciencias sociales, de la toma de decisiones. Me llama la atención que el ensayo, en ciencias sociales y en economía, siempre ha estado como atravesado por esta preocupación del cientista social de

## EL ESPESOR DE LAS PALABRAS

Guadalupe Santa Cruz\*

Cuando no hay otra manera de recorrerlo, de decirlo: el paisaje es extrañamente conocido, pero la lengua ajena. Huyen las palabras, resbalan sobre los hechos, como mercurio. De los acontecimientos a la experiencia el flujo no es únicamente feliz, va entrecortado por aquella distancia. Sólo se ve lo que se conoce, pero también, por cansancio, por desgaste de las cosas y de la mirada, sólo se ve aquello que se inventa. El invento intentaría acallar el espasmo, el desencuentro entre las cosas, acortar la distancia entre los acontecimientos y la falta de palabras.

Me gusta pensar que son cuerpos incómodos aquellos que escriben textos a modo de ensayos. Ensayan una y otra vez medirse con los órdenes que amenazan enderezar su puño, rompen una y otra vez la coraza de las palabras: esas armaduras que son las obligaciones disciplinarias de cada habla -forzadas a avanzar reafirmando su pertenencia a un linaje-, la deuda siempre abierta con el saber -que se paga con el gesto repetido de la restitución-, el creer en la transparencia de los vocablos, en su falta de densidad. (Como si la escritura no debiera traicionarse a sí misma para juntarse con el engaño de los acontecimientos).

Me gusta pensar que quienes escriben ensayo tienen el pulso malo de los viajeros, mal estibados, empujados siempre a trasbordar y recomenzar sus maletas. Viaja Martí, viaja Mistral, viaja Benjamin, viaja Paz. Hubo y hay tal vez una noche, los focos iluminan el andén con aquella luz anaranjada de los sitios que no existen más que para los otros. El andén es igual a otros andenes, sin embargo tan distinto en la nitidez con que los ojos del extranjero intentan atraparlo. Transpira expulsado del itinerario que recorre. Huye con la espalda y de frente, viaja, ingresa en los paisajes con el semblante ahito de la sorpresa. Su cuerpo se entrega, se defiende (nadie se desplaza sin pérdidas): secreta palabras. Los rieles bifurcan como frases iniciadas que se lanzan en diversas direcciones. Quien viaja no encuentra continuidad fuera de sí, busca un punto de unión en su cuerpo disgregado, busca la diferencia entre un lugar y otro que pueda finalmente reunirlo. La pluma es quebradiza, como la lengua, como los sitios sin zócalo, como las bibliotecas manoseadas y leídas en desorden, como el pensamiento que quedara suspendido en cada trunco lugar. No prosigue la frase heredada, aquella que se encerró en los múltiples recintos que atravesaba. De ellos guarda algunos trofeos, papeles arrugados en los bolsillos, en la memoria, que atan una a otra no las materias, no la serie encadenada de la

enciclopedia, sino la propia desazón, la luz, la alucinación, las heridas en los ojos. No escribe con la punta de los dedos, escribe acostado en el papel: levanta las actas de aquello que lo deja fuera, bosqueja un lugar, una palabra posibles de habitar.

Me gusta pensar que estas viajeras, estos viajeros, que piensan en y por el espesor de las palabras -su último equipaje- abren con su escritura un forado en los paisajes ya conocidos, porque ellos, a su vez, no han revocado, no han querido abandonar un paisaje primero que les ciñe la frente y desde el cual resisten al discurso instituido. (La nítida desolación de los objetos contra el desabrigo de las montañas del Elqui, su terrible desigualdad, para la palabra desbocada de Mistral. El trémulo cuarto culpable de Bataille, cuya única ventana da sobre la noche por donde el derroche escapa. La ciudad vuelta página sin borde, anchura cabalística por la cual traza Benjamin sus encrucijadas y atajos).

En nuestro continente que ha sido, él mismo, viaje -viaje por un tiempo plural y simultáneo, viaje como «descubrimiento» hacia el Norte, viaje entre las lenguas, entre el acato y la evasión de sus propias reglas, entre lo denominado y el nombre-, ¿cómo dar cuenta del ahuecamiento que acompaña el corazón de nuestro acontecer?

¿Y cómo romper esta coraza llamada «futuro» que bautiza y sostiene, suprimiendo la declinación de los otros tiempos del verbo, a la «transición» en nuestro país? En momentos en que «el deseo de avanzar» quiere hacer de las palabras una herramienta, en que no parece mediar ni símbolo ni política entre éstas y los hechos, se ha vuelto urgente el texto desencajado, riguroso y libre del ensayo, su viaje, móvil e inmóvil, entre un tiempo y otro (esos respuntes que duelen), entre una institución y otra (esos tramados que asfixian), entre las instituciones y sus descampados (esos campamentos que flotan dentro y fuera de la ciudad), entre la erosión y la reinención del país. Estos textos que urden un pensamiento en la escritura y no antes de ella, que rechazan limpiar la letra de la mugre y las hilachas que le adhiere la experiencia, no pueden más que desbaratar el orden del discurso, que es el orden de los lugares, aquello mismo que oblitera la ideología del futuro, hoy. Confirman que la palabra, en «transición» ella también, no se ha agotado: hay relatos posibles. Hay otros posibles.

\*Narradora, autora de *Salir* (1989), *Cita Capital* (1992), *El Contagio* (1997), también autora de varios textos críticos.



MESA 5  
La historia  
del ensayo chileno

- Alfredo Jocelyn-Holt  
UNIV. DE SANTIAGO
- Naín Nómez  
UNIV. DE SANTIAGO
- Gabriel Salazar  
UNIVERSIDAD DE CHILE
- Federico Galende  
UNIVERSIDAD ARCIS

Conduce  
Javier Pinedo  
UNIVERSIDAD DE TALCA



llegar a aquellos que formulan políticas públicas para criticar o para proponer. El ensayo ha tenido también, en la historia, un estilo particular. Para utilizar la expresión del fallecido Germán Bravo, yo diría que está marcado por lo que se podría llamar un «voluntarismo prometeico». Es un ensayo cargado normativamente y, en esa medida, traduce poco de la manera de ser del que lo escribe (las emociones del que escribe) y traduce poco también de nuestro sentir nacional. Muchas veces cuesta situar a la persona que escribió el ensayo, su momento histórico preciso, la especificidad de su sociedad. De ahí también que se pueda exportar muy fácilmente: es muy fuerte la utilización en América Latina de la producción escrita de científicos sociales chilenos.

Estoy en desacuerdo con la manera tecnocrática de formular los problemas públicos. A mí me gustaría ver ensayos en los cuales se reflejara lo que es significativo para nuestra cultura. Echo de menos un ensayo que refleje la manera como vivimos principalmente a través de su forma, de la manera como está escrito. Un ensayo que no sólo aproveche la aplicación de la teoría de cada disciplina para hacer más inteligible la realidad chilena, lo que por cierto es el objetivo de la ciencia social, sino también para darnos identidad. Me pregunto cuándo el ensayo se va a hacer cargo de esa pluralidad de sentido que atraviesa la sociedad chilena.

Naín Nómez



La historia del ensayo en Chile ha tratado permanentemente de moverse hacia el lado de la verdad científica. Hay una tendencia fuerte en Chile a establecer un tipo de escritura y de lenguaje que se acerca mucho a la racionalidad, desde Bello en adelante, con Lastarria y, sobre todo, con la ruptura epistemológica de fines del siglo XIX. La racionalidad, la legitimidad y el poder van a ser elementos fundamentales. Sin embargo, se siguen produciendo ensayos, desde la historia y desde la economía que no entran en el proceso de una escritura con pretensiones científicas. Los autores más críticos no van a ser aquellos que tratan de simular el lenguaje de la científicidad como algunos historiadores sino aquellos que hacen un ensayo mucho más beligerante y mucho más personal, por ejemplo, Bilbao, Venegas, Moulian, para poner tres momentos en la historia del país.

Tomás Moulian

Es interesante preguntarse contra qué va el ensayo: contra los discursos convencionales que han logrado imponerse como discursos científicos y han conseguido el aura de la científicidad. Sabemos desde Nietzsche, pero mucho más desde Foucault, de la relación entre saber y poder. Entonces el ensayo trata de inquietar discursos que ya están escritos.

La base de los ensayos, son los libros que se han escrito antes de él, mucho más que algo que se llamaría «la realidad». La superficie, el tejido sobre el cual trabaja el ensayo, es la superficie de los discursos que se han escrito sobre aquello que se llama «realidad». En ese sentido cumple una función de impugnación, pero no es necesariamente un manifiesto. El manifiesto quiere fundar un nuevo futuro; el ensayo no tiene esa obligación.

## El rol del ensayo en la historia de las ideas en Chile

En el año 1951, la Universidad de Chile recogió en dos volúmenes una serie de conferencias dadas por especialistas con el nombre de *El ensayo en la primera mitad del siglo XX*. Es un momento en que la Universidad de Chile tenía el prestigio natural que le confiere su nacimiento de manos de ese comadrón que fue don Andrés Bello y, por otra parte, el apoyo real de un estado que no era un estado informe sino un estado en el que se cruzaban diversas cuestiones polémicas. Recuerdo una serie de reflexiones importantes: una de ellas estaba contenida en un largo ensayo de Hernán del Solar sobre la Literatura Chilena. Había también un ensayo de Ricardo Latcham que era una especie de historia del ensayo en Chile. En todos ellos había un intento de emplazar lo que se había hecho en el país.

Ahora bien, creo que las primeras meditaciones sobre lo que se podría llamar Chile y el ser chileno aparecen ya en las cartas de Valdivia, en la crónica de Vivar: reflexiones sueltas, meditaciones en torno a las leyes de Indias o la esclavitud, a problemas de moralidad social, de economía, de las encomiendas.

El ensayo representa un modo de leer al país y esa lectura se viene realizando desde siempre. La lectura más tremenda de Chile se produce con motivo del Centenario, cuando aparece lo que Joaquín Edwards Bello llama con enorme gracia «los aguafiestas del Centenario». Surge el famoso discurso de Recabarren del año 1910, surge el terrible libro de Alejandro Venegas *Sinceridad o Chile íntimo*, de 1910, que es un retrato despiadado de nuestras carencias y de nuestras dificultades de ser. Aparece ese vagabundo interesante que es Tancredo Pinochet y que comienza a examinar las condiciones de Chile, abarcando 30 años de miradas al campo y a la minería.

Con ocasión del Centenario de la Independencia, en 1910, se plantea no solamente una visión de Chile, de sus cien años como país independiente, sino también y muy fuertemente una polémica en torno a la educación chilena relacionada con su desarrollo histórico y su futuro. Esta polémica se sitúa frente a una educación que había privilegiado la formación científica como una manera de formar una elite: una clase dirigente abierta, meritocrática, cuya estructura intelectual estuviese dada por la racionalidad científica y a través de la cual pudiese superar los intereses particulares y sectoriales. Esto fue muy bien fundamentado en su momento por Valentín Letelier a fines del siglo XIX. Esta educación científica, racionalista, es fuertemente criticada por lo que podríamos llamar los nacionalistas del Centenario, de comienzos de siglo, expresado fundamentalmente a través de *Nuestra inferioridad económica*, de Encina, quizás el texto más conocido de este grupo. Junto con Encina tenemos a Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet y Luis Galdames. Todos ellos postulan que la educación debe formar las aptitudes para triunfar económicamente, tanto individual como colectivamente.

Hay dos principales figuras, que son Alejandro Venegas con su publicación *Sinceridad, Chile íntimo*, de 1910, bastante conocida, y Enrique Molina. En ambos se da el caso interesante de que son egresados-titulados del primer curso del Instituto Pedagógico, que se había creado en 1889. Me parece muy interesante manifestar esta estrecha relación que se comienza a dar entre el profesor secundario, el pensador de la educación y el intelectual. Otro aspecto que quisiera hacer notar es la relación entre el pensador educacional, los cambios educacionales y su implementación. El caso más paradigmático al respecto es Darío Salas que, en 1917, poco después de esta polémica del centenario, plantea su preocupación por la educación primaria, alarmado por el tan alto grado de analfabetismo existente en el país y sus implicancias para el ejercicio de la ciudadanía y del sufragio. El es quien otorga los argumentos que se repiten nuevamente en el parlamento para poder plantear y aprobar finalmente la ley de instrucción primaria obligatoria. A través de su ensayo entrega los argumentos para este debate y después, en calidad de director general de educación primaria, le toca implementar la ley de instrucción primaria obligatoria. Se cierra así un ciclo entre la reflexión y la práctica. Llama mucho la atención el hecho de que habiendo una tan

Alfonso Calderón

Sofía Correa



intensa producción ensayística hasta el libro de Darío Salas *El problema nacional*, del año 1917, se seca esta vertiente del ensayo a partir de la década del 20. Una razón de esta declinación del ensayo podría ser la profesionalización de las distintas disciplinas como la Filosofía, la Sociología y la Economía.

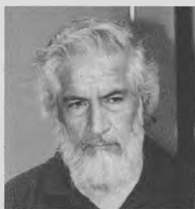
#### Alfredo Jocelyn-Holt

La historiografía chilena comienza en la generación del 42, producto de un mandato que crea la Universidad de Chile para que se escribiera una memoria que debía presentarse ante un público general, en la sesión celebratoria de la universidad. De ahí surgen una serie de memorias históricas, muchas de las cuales tienen un sesgo ensayístico muy fuerte: las de Lastarria, por cierto, y posteriormente la de los hermanos Amunátegui, la de varios presidentes y próceres políticos importantes como Santa María, Federico Errázuriz y otros. Queda muy marcado desde un comienzo que ese tipo de historiografía debía tener un carácter ágil. Inicialmente no se hacía mucho trabajo de archivo. Los ensayos eran bastante breves, porque tenían que leerse en estas sesiones de la universidad. Durante todo el siglo XIX se recoge este efecto en autores que tenían que pensar la historia vinculada a la política, a la discusión pública y a la prensa.

En el siglo XX también se recogen estos efectos pero con un sesgo menos liberal, más bien conservador, y ahí aparecen textos tan fundamentales como *La fronda aristocrática* de Alberto Edwards, del año 1928, que son un conjunto de artículos que aparecieron en El Mercurio en el año 1911 y que, antes, aparecen en el contexto del centenario y de una discusión sobre la educación. Textos tan importantes como *Nuestra inferioridad económica* de Encina y así sucesivamente. Ya en los años 50 y 60 nuevamente se retoma el tema del ensayo; pensemos, por ejemplo, en el texto de Aníbal Pinto *Chile, un caso de desarrollo frustrado* o en el texto de Jorge Ahumada *En vez de la miseria*. Después en los 80, otro hito que me parece clave es el de Mario Góngora *El Ensayo histórico sobre nación y estado*.

Hay una historia bastante importante del ensayo cuya temática se centra en la historia que hace las veces de pensar filosóficamente en términos políticos.

#### Gabriel Salazar



Lo que se llama ensayo histórico no es necesariamente histórico, porque por lo común estos ensayos son una suerte de diagnóstico de la coyuntura en un momento crítico: es una reflexión global sobre la situación de la sociedad chilena, en un momento de transición, probablemente de crisis. El ensayista hace una ronda, por así decirlo, de las temáticas nacionales y recoge de alguna manera los planteamientos de todas las ciencias: economía, ciencia política, la sociología, la antropología. En definitiva resulta un tratamiento multidisciplinario que es propio de los ensayos chilenos importantes: Lastarria, por ejemplo, no necesariamente era historiador, hizo un ensayo más bien filosófico sobre nuestra realidad; Encina era más bien un agricultor que otra cosa; Aníbal Pinto, un economista; Faletto y Cardoso son sociólogos; etc. En el siglo pasado la coyuntura era muy importante cuando surge el conflicto Bello-Lastarria-Sarmiento, porque se estaba definiendo el proyecto histórico nacional. Lo que hace Lastarria es decantar: separa el pasado histórico español-latino y trata de desarrollar la modernización que viene del norte de Europa. Yo creo que los ensayos se clavan en momentos estratégicos de nuestra historia, y eso los vuelve históricos más que la profesión, más que la asignatura o la disciplina de la que procede la persona que escribe.

#### Juan Manuel Fierro

Creo que el ensayista tiene la particularidad de coger un problema de la dinámica social para colocarlo, en un momento determinado, en el contexto del desarrollo de la ciencia, de la filosofía y de la política en Chile, sin que sus autores sean necesariamente científicos, filósofos o políticos. El ensayo permite desacralizar muchos comportamientos y muchas fórmulas de disciplinas tradicionales. Permite zigzaguear con mucha libertad entre medio de los grandes patrones de la cultura nacional. Y permite también problematizar, poniendo la propuesta filosófica o el tratado científico a dialogar con el cotidiano.



Quizás el gran ensayo de denuncia de la historia del ensayo chileno sea *Solidaridad 1910* de Valdés-Canje. Y los ensayistas del centenario son seguramente los grandes ensayistas de la denuncia. Pero, después de ellos, tenemos otros grandes ensayistas chilenos que tienen una influencia muy decisiva como Aníbal Pinto con *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Jorge Ahumada, la revista *Panorama Económico* que dirigió Oscar Muñoz. Ellos buscan un tipo de ensayo económico y social que se diferencia de la ciencia económico-social en su afán de impregnar el sentido común, de sacar la discusión del alto nivel de la elite y de la academia. Creo yo que el ensayo, además de forzar fronteras y transitar entre márgenes, también busca crear lenguajes que sean comunicativos.

Lo que me gustaría marcar o remarcar es la lateralidad o la ajenedad del ensayo como género -cuya fundación es absolutamente moderna- en relación a las ciencias sociales, partiendo por el hecho de que las ciencias sociales tienen un discurso de no más de cien o ciento cincuenta años mientras que el ensayo tiene un discurso de más de trescientos años. Además, como plantea Lukács en *El alma y las formas*, el ensayo sería un subgénero directamente relacionado con una dialéctica de la forma, y en ese sentido un género atribulado para desarrollar contenidos fundamentalistas o contenidos científicos que quisieran colarse dentro del discurso social. Quisiera marcar la forma en que el ensayo interviene dentro de toda la literatura hispanoamericana. Tal como plantea David Viñas en su libro *De Sarmiento a Cortázar*, el ensayo literario emerge, en Hispanoamérica, alrededor de una metáfora central: la de la violación de la carne contra el espíritu, de la masa contra el poeta. Podría pensarse que el ensayo latinoamericano consiste fundamentalmente en un programa de espiritualización y que ese programa de espiritualización, algo reaccionario por cierto, lo que hace justamente es tratar de fundar una nación para el desierto hispanoamericano. Podría verse ese programa en Sarmiento, en Lastarria, en Blest Gana. Aun cuando ellos hicieran también literatura, esta construcción de nación para el desierto americano, parece suponer una invención primera de la sociología que en Europa todavía no se ha desarrollado y que consiste justamente en inventar esta nación porque, a diferencia de lo que pasa en Europa, el ensayo no surge de la mutación simbólica de un imaginario moderno. El ensayo latinoamericano surge ya como la delegación de un deber de construcción de nación. Eso genera un tipo de ensayismo que está muy vinculado a la construcción vertical de un imaginario a partir de esta metáfora central de la violación que aparece recorriendo todo el tejido del tiempo de la Independencia.

#### MESA 4 ¿Existe un pensamiento nacional propio?

- Alfonso Calderón  
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA
- Leopoldo Castedo  
ACADEMIA CHILENA DE HISTORIA
- Jaime Valdívieso  
UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO
- Volodia Teitelboim  
ESCRITOR

Conduce  
Faride Zerán  
UNIVERSIDAD DE CHILE

#### Tomás Moulian

#### Federico Galende



## VIDA, FORMA Y ENSAYO

La forma es siempre la meta, el término o, como decía Lukács, el «destino» de las obras mayores y, en consecuencia, hacia ella se orientan los esfuerzos y los deseos más enérgicos de cada escritor. La forma le permite delimitar la «materia» de su obra y configurarla desde un mismo punto de vista, de manera que ésta constituya un todo internamente coherente. Ella es, en suma, el «principio de estructuración» que permite al escritor aprehender, ordenar y «exponer» esa región de la realidad que se propuso reconocer en cada escrito.

Para el joven Lukács, sin embargo, la posición del ensayista frente a la forma difiere de las que tienen el poeta, el dramaturgo y el novelista: mientras éstos, en efecto, deben siempre esforzarse para alcanzar la forma que les permita configurar la «materia» informe que intentan abordar, el ensayista moderno, en cambio, siempre parte de una «materia» ya dotada de forma (libro, obra de arte, «forma de vida»). El «destino» del ensayista consiste, de este modo, en ser un hombre que, como observaba Lukács, no tiene otra vivencia más íntima que la «vivencia de las formas». El ensayista, de este modo, parte de una forma para vivenciarla, interiorizarla, «sentirla» e interrogarla, pero su trabajo no para nunca ahí, sino, al contrario, se prolonga cada vez que la lectura de un libro, la contemplación de una obra artística o la reflexión sobre una idea ajena se convierten, a su vez, en el punto de partida de su propio discurso, en la ocasión que motiva a cada ensayo suyo y, por ende, en el comienzo (siempre reiterado, repetido, perpetuo) de la búsqueda de su propia forma.

¿Por qué -preguntaba Lukács- leemos ensayos?

En un primer instante, esta cuestión parecería ociosa o superflua, pero esta inicial apariencia desaparece desde el momento en que se constata que el interés o, más exactamente, la fascinación que produce el ensayo no reside tanto en su virtual valor educativo o informativo, sino, más bien, en ciertas calidades tangibles que motivan eso que Roland Barthes llamó certeramente el placer del texto.

No se trata de que Lukács, como intentó probarlo Theodor W. Adorno, al insistir en la «forma artística» del ensayo hubiese olvidado o renunciado a discutir la relación que éste tiene con la verdad, sino de mostrar que la forma ha sido siempre, desde Montaigne hasta nuestros días, esencial a todo escrito concebido y ejecutado como ensayo. Es su dimensión formal la que permite, justamente, leerlo una y otra vez, aun cuando el contenido de sus proposiciones haya sido superado, recusado u olvidado por el desarrollo ulterior de la filosofía, las ciencias o la historia. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los *Ensayos* de Bacon.

Conviene subrayar este hecho cuando se observa la violenta proliferación en nuestros días de una falsa ensayística que constituye uno de los rubros favoritos de la llamada «industria cultural». Ya no se trata, como a comienzos de siglo, de una imputación equivocada de la condición de

«ensayo» a todos esos escritos que el joven Lukács llamó «libros útiles» (monografías, tratados, manuales o crónicas), sino, en rigor, de la producción en serie de esos otros escritos que, por su parte, Ortega llamó «libros superfluos». Esta invasión de papel impreso producido «en masa» para una masa de lectores constituye uno de los factores más activos de la permanente perturbación «mental» en que vive el hombre de hoy, y su consumo y propagación señala siempre a ese personaje colectivo y, a la vez, individual que Theodor W. Adorno describió como el «cursi analfabeto de la cultura».

El verdadero ensayo es, en medio de este aluvión, un gesto disidente obligado a redoblar su disidencia. Lo que distingue, en efecto, a los escritos de Walter Benjamin, E. M. Cioran o Roland Barthes es, justamente, su forma o, más exactamente, lo que este último llamó «la responsabilidad de la forma».

## PENSAR/DESPENSAR

Lo que puede reprocharse al ensayista es, en verdad, que cada vez que se ocupa de pensar un objeto (texto, obra de arte, «forma de vida»), siempre despiensa, al mismo tiempo, lo pensado anteriormente sobre ese objeto, introduciendo, de este modo, una doble negación en el «orden de las cosas».

Desde Montaigne hasta hoy, en efecto, el ensayista descubre en cada orden de cosas (vida propia, organización familiar, sistema laboral, estructura social) no una «armonía», un cuerpo orgánico, sino, más bien, una pluralidad de conflictos, desequilibrios y contradicciones. Este descubrimiento, usualmente doloroso, lo obliga a preguntarse irremediamente por la «razón de ser» de cada uno de ellos y, por ende, a enfrentarse con ese otro «orden» de ideas, valores y opiniones -orden idearum- que los instituye, justifica o enmascara.

Esto explica que el ensayista, cuya vida se encuentra siempre apremiada por los desequilibrios y contradicciones más urgentes, parece vivir sólo para discutir ideas, comentar libros e interpretar obras, estilos y formas. Esta perpetua polémica con la cultura instituida, «sacralizada» o doxologizada arrastra, sin embargo, un pleito más radical con la sociedad que la «sacraliza» o doxologiza. Por eso, justamente, toda «crítica cultural» involucra, de un modo u otro, a la sociedad, y ésta, a su vez, estigmatiza, sanciona o margina al ensayista, como decía Theodor W. Adorno, «por puro miedo a la negatividad».

La doble negación del ensayista no constituye, sin embargo, una actividad, por así decirlo «nihilista»: es sólo un acto crítico que infringe al orden represivo de una cultura petrificada como ideología (oficial u oficiosa), como doxa, como tópicos, y que siempre prohíbe, conforme lo observó Th. W. Adorno, «pensar más de lo que se encuentra ya pensado». Para el ensayista, en otros términos, se trata siempre de despensar lo ya pensado sobre cada objeto que lo ocupa, para dejar al descubierto esa parte suya que el pensa-

miento «canónico» había dejado, justamente, impensada, sumergida, insospechada.

No es un azar, en consecuencia, que el ensayo trate siempre, antes que de otro asunto, de problemas, y que proceda regularmente mediante «problematizaciones». Conviene, sin embargo, entender y asumir el término «problema» en su sentido más urgente, inmediato y apremiante. No se puede seguir hablando de problemas abstracta, frívola o melodramáticamente, como lo hizo el siglo XIX y siguen haciéndolo los «cientistas sociales», algunos grupos intelectuales y la prensa. Todo problema es siempre el problema de alguien (individuo, corporación, clase o sociedad), y consiste, en último trámite, en encontrarse inmediatamente apremiado por una radical «dificultad de ser» y, por ende, forzado a resolverla con rigurosa urgencia.

Para el ensayista no se trata, en suma, de enunciar un problema, el primero o el último que se le ocurra, sino de llevar hasta su máxima «tensión» a cada problema que, de un modo u otro, le imponen la vida diaria, la sociedad y el tiempo histórico. Lo que se suele llamar «problemas teóricos» no son, en general, abstracciones, sino, al contrario, cuestiones siempre urgentes, radicalmente urgentes para todo hombre cuya vida esté orientada al reconocimiento del origen problemático de toda realidad humana.

Esta permanente conducción de cada problema a su máxima «tensión», hasta sus últimas consecuencias, opone esencialmente al ensayista a la cultura instituida, al conformismo de la doxa y a lo pensado anteriormente. Esta radical disidencia -o, como decía Adorno, herejía- se acusa particularmente en la crítica sin desfallecimiento a que somete el ensayista a las «soluciones» que ofrece lo pensado anteriormente a cada una de sus preguntas radicalizadas, como asimismo, a sus supuestos epistemológicos.

Es en este punto, sin embargo, donde se produce, con alguna regularidad, una contracorriente que tiende a frenar al pensamiento crítico, impidiéndole llegar a sus últimas consecuencias y, muchas veces, retrotrayéndolo, parcialmente por lo menos, a lo pensado anteriormente. El ensayista, en la medida que no hipoteca sus preguntas a la presunción de haber llegado a un nuevo «sistema», es decir, en la medida que siga siendo ensayista, siempre tiene a la vista el riesgo de ese obstáculo, como el navegante al arrecife que se esconde traicioneramente en las aguas inmediatas a su lugar de destino.

## JUEGO DE PALABRAS

El ensayista no usa las palabras: no las emplea, invierte o gasta en el sentido que lo hacen «el hombre práctico», el periodista o el escritor público. El ensayista, al contrario, es un «amateur des mots» (Matila C. Ghyka), un apasionado que, por placer o por manía, trabaja o juega con las palabras, las «entretiene» y, con alguna frecuencia, abusa de ellas.

No hay, en efecto, verdadero ensayo sin juego de palabras, así como no hay amor sin juego erótico. No es un azar, por lo tanto, que Roland Barthes, en autobiografía, refiera repetidas veces el acto de escribir a los juegos de la infancia.

Como ocurre en esos juegos -advierde Barthes-, la escritura «vuelve siempre a empezar desde el comienzo». En la soledad de su mesa de trabajo, el ensayista reinicia diariamente su particular «alquimia del verbo», dejando que las palabras desaten los poderes secretos de la imaginación, la memoria o el deseo utópico.

El ensayista, en consecuencia, no puede definir previamente a cada palabra que pone en juego, ni la pasa de mano altiva o indiferentemente, ni tampoco la emplea al servicio de una «ordenanza», contrato o sentencia. El ensayista sólo se ejercita, demora y divierte entusiasmadamente en cada palabra, con la esperanza de hacerla decir, como Nietzsche, lo que nunca antes había dicho.

En su autobiografía, Barthes confesaba, al respecto, su pasión por las anfibologías y la costumbre de emplearlas regularmente en una misma página, para que esas palabras dobles dijese, al mismo tiempo, dos cosas diferentes. Este juego barthesiano no perseguía, sin embargo, la polisemia, lo «múltiple del sentido», sino que sólo se proponía jugar con la duplicidad no por la «ilusión de oírlo todo (cualquier cosa), sino de oír otra cosa».

Cada vez que, por una perturbación o alteración del sustrato social de la lengua, las palabras dejan de significar lo que habitualmente significaron y comienzan, al mismo tiempo, a secretar nuevos e insospechados significados, el hombre pierde la pista de la realidad en que vive, se desorienta y anda a tropezones con el mundo y consigo mismo. Cada vez, a la inversa, que las cosas se desplazan, transforman o desaparecen, sólo le quedan de ellas sus sombras discursivas, las palabras que alguna vez sirvieron para mentarlas, fijarlas, palparlas. El filósofo puede (o imagina poder) salir de este aprieto desentendiéndose de todos los «discursos» recibidos y proponiéndose, como Husserl, volver a las cosas tal como éstas se ofrecen en la realidad inmediatamente vivida; es decir, volver a eso que los griegos llamaron, justamente, las prágmatas y que comprendían no sólo lo que hoy entendemos por «cosas», sino, además, la acentuación o prioridad que el hombre siempre reparte entre las realidades que le adelanta su contorno.

Habitualmente ocupado con objetos ya configurados culturalmente (libros, obras de arte, «formas de vida»), el ensayista moderno no puede encaminarse directamente hacia las prágmatas, sino que, quierálo o no, sólo puede orientarse, avanzar y retroceder con respecto a ellas por y en las palabras. De ahí su permanente aplicación por la metáfora, el acertijo, el «doble sentido», la paradoja y, sobre todo, la ironía. Cada vez que se inicia un juego de palabras, sabe que cada una de sus «elecciones» sólo cobrará un sentido y un valor al término del juego. Sólo entonces se evidenciará si esa «otra cosa» (Barthes) que se propuso decir y oír era lo que, en verdad, había que decir sobre el motivo o asunto que ocasionó a ese juego de palabras que es siempre cada ensayo.

\*Fragmentos de *La Palabra Quebrada: ensayo sobre el ensayo*, de Martín Cerda (Santiago, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1982)

Alfredo Jocelyn-Holt

Yo creo que en Chile nunca hemos resuelto ese viejo dilema de saber si la historia es un arte o una ciencia. A pesar de la gran importancia que ha tenido el positivismo en Chile, es muy frecuente en historiadores profesionales decir: "esto es un ensayo y, por lo tanto, no es una obra histórica". El hecho es que en Chile las grandes interpretaciones, los grandes relatos, en algunos casos bordeando la mitografía, han sido de corte ensayístico (Edwards, Encina, etc.) y tienen que ver con pensamientos bastante esbozados, precarios, que reflejan la precariedad del desierto americano y el deseo o intención de crear aquí una nación o un estado. Son ensayos que van a un público ilustrado, dejando abiertas las visiones. Normalmente tienen un efecto inmediato, son bastante sugerentes y polémicos, hacen conversar. Se citan permanentemente, son parte de un universo de discusión.

Federico Galende

La literatura chilena hasta los años 20 o 30 puede leerse perfectamente como ensayo. Uno puede leer *Los Trasplantados* o *Martín Rivas* de Blest Gana o *Vidas mínimas* de González Vera como una metáfora de país. La literatura carga siempre un imaginario respecto de saber en qué debe convertirse un país, y eso es lo ensayístico que toda literatura porta. En relación a Chile se me hace problema la pregunta de si es un país bien o mal estudiado, porque esto supone que el país tendría un fundamento que el estudio correcto podría descifrar para convertirlo en lo que debe ser, mientras que en realidad todo país moderno está siempre tensionado entre las diferentes posiciones políticas que se turnan a la hora de definirlo; un país no es «algo» sino una pugna entre intentos políticos, disfrazados académicamente, ensayísticamente, sociológicamente por definir qué es un país. No hay ninguna posibilidad, por lo menos moderna, de llegar colectivamente a una definición social respecto de qué «es» un país.

### Travesías, cruces, extranjerías

Jaime Valdivieso

Hay un pensamiento original frente al país también en personas extranjeras que lo visitaron y pensaron, como la María Graham. El libro que más me ha enseñado sobre Chile (sobre su clase, sobre los estamentos sociales chilenos, sobre el poder de los hacendados, de la iglesia y de los militares) es el de un escritor norteamericano, Arnold J. Bauer, especializado en problemas de campo, que titula su libro *Historia rural del campo chileno desde la Conquista a la Independencia*.

Alfonso Calderón

Hay un momento en que el pensamiento de la Ilustración cruza los mares y existe una serie de textos de condición utópica -franceses particularmente- que hablan de lugares de Chile en donde estaría expresándose un ideal de país.

Para citar a los que conozco: está, por ejemplo, el ensayo del siglo XVIII de un escocés que se llama James Burgh, que descubre la Ciudad de los Césares -*Pacha Pulai*-, ciudad perdida que él ha encontrado y que imagina como una especie de Holanda en la cual hay un parlamento, una distribución adecuada de la riqueza, instituciones sólidas y delegados de países europeos que contribuyen al bienestar de la comunidad. Es un libro muy notable, porque corresponde a todo un pensamiento sobre la búsqueda de la utopía, a través del viaje para buscar la Ciudad de los Césares. El último que estuvo empeñado en eso es Miguel Serrano. En la época de la dictadura trató de conseguir con el Almirante Merino una barcaza para llegar a la Ciudad de los Césares y poder redescubrir ese Chile esencial que él creía encontrar allí. Creía que en realidad los militares y los marinos chilenos estaban solamente preocupados de un DFL 2 o de un auto, y que no tenían intereses míticos. Le parecía fundamental reencontrarse esos momentos míticos de la sociedad. El segundo libro es de Restif de la Bretonne. El era un soplón de la policía napoleónica que tenía acceso a fuentes muy raras y que escribe un libro sobre un volador que recorría toda la zona austral, para precisar una idea del sur de Chile. Hay infinitos textos, pero quiero decir que es fundamental en el ensayo cruzar las fronteras.



### Lo latinoamericano: traducciones, apropiaciones

Yo insistiría en el punto, para mí muy problemático, de la traducción latinoamericana del ensayo (y en eso Chile, obviamente, sería una víctima particular) por la confusión permanente entre modernidad y modernización. Aquí esta confusión es constitutiva de la misma idea de nación. Es decir, el ensayo europeo es un ensayo moderno porque, tras la muerte de algún fundamento divino que puede dar cuenta extrasocialmente de la organización de la sociedad, lo que hace simplemente es convertir la lengua a un estado de provisoriedad total, mientras cuando eso se traduce a los proyectos hispanoamericanos y a los proyectos racionalizantes, el ensayo ya está involucrado en la construcción vertical de una modernidad desde la figura del estado que supone una modernización. El ensayo hispanoamericano está directamente vinculado con la ausencia de modernidad de los países hispanoamericanos y con un proyecto racionalizador que no nace de la espontaneidad de las formas de organización de la sociedad, sino que nace de ciertos viajes ilustrados de los intelectuales que comienzan a articular ensayísticamente la nación.

En materia de pensamiento, la idea de lo propio y de lo ajeno es muy distinta a lo que llamamos propiedad cuando nos referimos a cosas materiales. Aquí tiene que ver con la apropiación de las prácticas. Me siento un poco incómoda cuando, por ejemplo, en filosofía se insiste demasiado en que nosotros no hemos producido nada propio, sino que estamos hablando de autores extranjeros, de ideas que no son de aquí, como si esto de alguna manera nos enajenara o nos volviera otros.

El límite entre lo ajeno y lo propio en materia de pensamiento es muy difícil de trazar hoy día cuando el mundo es un lugar por el cual se circula activamente y los medios de comunicación nos conectan con tantas cosas que antes parecían exóticas.

El ensayo tiene necesariamente que ser local, aun cuando el aparato teórico que use sea el aparato teórico de una ciencia o de una disciplina universales. De donde sea el marco teórico de la ciencia económica, por ejemplo, lo aterrizamos para tratar de entender qué pasa en Chile. El ensayo obliga a tratar de entender o identificar una pregunta que es relevante para un determinado contexto: por ejemplo, la pregunta de la óptica economicista respecto del desarrollo económico chileno. La pregunta que se hacía a principios de siglo Francisco Encina: ¿Por qué Chile es un país subdesarrollado? Esta es una pregunta clave hecha por un ensayista chileno.

MESA 2  
Ciencia y filosofía  
en el ensayo chileno

- Carla Cordua  
UNIV. CATOLICA
- Juan Manuel Fierro  
UNIV. DE LA FRONTERA
- Eduardo Sabrovsky  
ACADEMIA IMAGINARIA
- María del Solar  
UNIV. METROPOLITANA

Conduce  
Sergio Marras  
FUNDACION CHILE 21

Federico Galende

Carla Cordua

Patricio Meller



Hernán Neira

Chile, como casi todos los países de Latinoamérica, está importando la teoría pero creo que no hay que oponer lo internacional a lo local. Quiero citar el ensayo *El Desarrollo a escala humana* de Manfred Max-Neef que hace propuestas orientadas a soluciones de nivel local pero que, ahora, curiosamente se producen en muchos países del mundo. Es decir, que las respuestas a nivel local pueden ser válidas, algunas de ellas, para Chile, como para China, India, algunas regiones de Australia o de USA. Lo local no se contraponen a lo nacional o a lo internacional. Hay una posibilidad de «universalizar» lo local. Por otra parte, cuando estamos hablando de la nación y de los modelos importados o internacionales, tenemos que tomar en cuenta que hoy en día el estado y la nación como hechos y como conceptos están debilitados. Cuando estamos diciendo que se importa un modelo de fuera, en realidad tenemos que preguntarnos dónde está el afuera y dónde está el adentro.

## Regiones, regionalismo

Sergio González

En el norte salitrero hubo una expansión cultural muy importante: se editaron muchos libros, hubo muchas imprentas, se editaron muchos periódicos y diarios. En un estudio que hizo Mario Bahamonde que va desde La Serena hasta Arica, se dice que en todo el gran período del siglo pasado y la mitad de éste, se cuentan alrededor de 280 periódicos.

El norte salitrero -Iquique, Antofagasta- fue globalizado a comienzos de siglo. Hubo mucho contacto del norte salitrero con el exterior, con el mundo extranjero. Llegó mucha información y, desde ese punto de vista, la globalización no nos parece un desafío tan extraño.

La globalización tiene una doble tendencia; por un lado el tema de la internacionalización, pero por otro lado rescata las regiones. Por lo tanto, los que tienen que estar preocupados del tema de la globalización son los de la zona central que son los que están monopolizando la idea de nación. Ellos deben preocuparse porque la globalización apunta a destruir -creo- mucho más el mito nacional que los mitos regionales.

Javier Pinedo



En esta amplia región del Maule, yo diría que ha habido tradición de pensamiento. No sé si un pensamiento regional, pero ha habido un pensamiento en una región desde Juan Ignacio Molina, en el siglo XVIII, que escribe textos que se llaman justamente «ensayos» y Nicolás de la Cruz de Ibaurrebunde que es un ilustrado que nos dice mucho sobre lo que se pensaba a finales del siglo XVIII y posteriormente en el XIX. Buena parte de la historiografía surge en esa región, los aguafiestas del Centenario» de Joaquín Edwards Bello: Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Enrique Molina, Mac Iver y muchos otros novelistas, como Mariano Latorre, etc. Y posteriormente Ricardo y Armando Donoso, Francisco Antonio Encina. Historiadores como Alvaro Jara y gente de la iglesia como el obispo Manuel Larraín, Domingo Murphy, etc. Es fácil decir que en esta región se ha levantado pensamiento, pero en una segunda interpretación habría que ver si ese pensamiento es regional o si es un pensamiento que simplemente se desplaza al centro, porque todos estos pensadores terminaron siendo atraídos, magnetizados por Santiago y el tema de la región se va diluyendo.

Tampoco estoy hablando de crear un pensamiento completamente identitario; en mi universidad hay personas muy competentes que siguen interesadas en estudiar a Foucault o a Habermas, y quieren hacerlo desde la zona del Maule y eso es válido.

Edison Ortiz

Puede haber una crisis de falta de pensamiento regional que pase por la carencia de publicaciones que salgan de las regiones. La gente que publica lo hace generalmente en Santiago. Las deficiencias locales tienen que ver también con el tema de la universidad. En el caso de la Sexta Región, tenemos universidades privadas que muy poco han contribuido a que se desarrolle una reflexión local. La universidad pública es un factor fundamental para que, en las regiones, se desarrolle un pensamiento local.

## POLITICAS DE LA DOXA

Cecilia Sánchez\*

De entre el espectro de los estilos literarios existentes, el ensayo parece ser uno de los géneros de escritura de mayor ambigüedad. Distante de los códigos que administran diferencialmente el régimen de la escritura y de las ideas, el ensayo exhibe una configuración abierta al vagabundeo de una palabra que no busca incrementar un saber especializado, pues más que explicativo es reflexivo. Pese a las incomprensiones que esta situación desencadena, ella es condición de un poder cuyo *plus* es doblemente «político». Lo es en el dominio del saber, ya que el ensayista puede transitar casi sin trabas por las disciplinas establecidas al margen de las normas que las administran. Pero, a su vez, el ensayo es político en el plano social, debido a que su misma marginalidad institucional amplía su poder de convocatoria a un público indisciplinado y heterogéneo, es decir, a un público que no se encuentra en situación de «paridad» con el autor, mas sí de «conjunción»: la relación entre autor y público se establece por el hecho de estar situados frente a un tipo de problema cuya experiencia es «común», sin ser necesariamente idéntica. Por lo mismo, el autor escribe despojándose de la consabida neutralidad exigida por el saber institucional. A menudo su tono es posicional y emotivo, haciendo uso de un estilo de palabra que, de suyo, es escamoteada por el intelectual de corte académico y escasamente es utilizada por el político profesional en virtud de sus compromisos de partido: me refiero a la palabra de la *doxa*, al ejercicio de la opinión que despliega un punto de vista independiente con todas sus consecuencias. El espacio al que dicha forma de escritura apela es al de la sociedad civil, espacio que en Chile aún no ha podido acreditar del todo sus derechos.

Las figuras bajo las cuales se ha presentado el ensayo en Chile y también en Latinoamérica han dependido de

la forma de constitución de la política y de sus instituciones y del lugar que, en ese entramado, ocupa el escritor o pensador. Durante el siglo XIX, los pensadores de mayor reconocimiento (Lastarria, Sarmiento, Bello, Letelier, entre otros) escribieron incitados por el *telos* de un hipotético estado-nación que aún no existía, pero que la literatura y el pensamiento podían llegar a crear mediante la invocación de una razón moderna que en varios países del continente se hizo reconocer como «civilizada». A la inversa, el ensayista de comienzos del siglo XX se sitúa a distancia del espacio estatal y de su forma de hacer política y lo vuelve objeto y blanco de su «crítica». Es el caso en Chile de Alejandro Venegas quien, oculto tras el seudónimo de Dr. J. Valdés Cange, publica *Sinceridad. Chile íntimo*, aparecido a sólo diez años del cambio de siglo y en medio de una exitista celebración del primer centenario de la República. Este libro es paradigmático por el modo de interpelación al poder estatal, remitida a la persona del presidente. Dicho pensador hace de su escritura un acto «crítico» al ocupar un espacio alternativo al espacio estatal. Aquel acto era posible en una sociedad que, merced al despliegue de ciertas formas de modernización, generó la aparición de nuevos espacios políticos. Hoy vemos cómo el ensayo adopta una figura semejante. Publicaciones recientes como la de Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997), y la de Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (1997), bajo diferentes modalidades, repiten el gesto de instalarse en un espacio que no es ni estatal ni académico, pero sí opinante.

\* Profesora de Filosofía e investigadora en el Instituto de Estudios Humanísticos Abate Juan Ignacio Molina, de la Universidad de Talca y autora de *Una disciplina de la distancia: institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile* (1992)

MESA 6  
El desarrollo del  
pensamiento en regiones

- Sergio González  
UNIV. ARTURO PRAT
- Javier Pinedo  
UNIV. DE TALCA
- Edison Ortiz  
CORPORACION CULTURAL  
DE RANCAGUA
- Salvatore Cirillo  
UNIV. DE MAGALLANES

Conduce  
Oscar Luis Molina  
EDITORIAL ANDRES BELLO



Javier Pinedo

El tema del centralismo tiene que ver con una cuestión política, pero también con una cuestión académica. Esto es fundamental en un país o en un continente como éste en que lo académico en general ha estado muy cercano a lo institucional: se piensa desde el estado, desde las iglesias o desde las universidades.

En esta etapa de nuestra historia, las universidades estatales son fundamentales. Si me preguntaran dónde tendría que intervenir el estado con mejor productividad para crear un pensamiento, una conciencia reflexiva, una conciencia democrática, una conciencia civil, yo diría que en las universidades regionales.

Nosotros fundamos desde hace algunos años un centro de estudios humanísticos en la Universidad de Talca, donde se está trabajando el tema de la identidad, temas de política contemporánea o temas de política nacional global. Y es en esos centros, cuyo financiamiento no siempre es fácil ni se debe esperar sólo del estado, donde se van creando estas conciencias reflexivas, democráticas o civiles, que pueden ir contribuyendo a la creación de un pensamiento local.

Salvatore Cirillo

Se ha forjado un carácter magallánico, un carácter patagónico muy bien reflejado en un ensayo de Ernesto Livacic: *«El escritor de Magallanes ha llevado a su obra la imagen de su pleiódica geografía, de su incomparable naturaleza, de su versátil e imponente clima, de su flora y fauna inabarcable, de su tan matizada producción natural que unas veces desconcierta por lo generosa y otras por lo esquiva, de su materia escondida en cuevas y en senderos o profundidades telúricas y fenómenos geológicos. En ese ambiente aman, crecen, luchan y mueren las cuatro razas, que fueron primero señores de la tierra: el chilote, el español, el trasplantado funcionario nortino y el laborioso suizo, alemán, italiano o croata. Despliegan su energía el explorador, el misionero, el pionero, el marino. Desafían el viento implacable, el rostro curtido del ona y la mujer, a quien la larga soledad en el poblado demanda rasgo de fortaleza varonil. Por otra parte, la inmensidad de su entorno, el clima, el distinto ritmo de transcurrir ahí el tiempo, muchos de los valores que por tradiciones y ancestros asimiló casi insensiblemente invitan al magallánico a una vida interior rica, reflexiva, analítica, creativa, metódica, abierta a muchas áreas de amplitud universal».*

## Lo nacional, lo local y lo global; poder e identidades culturales

Yo creo que la identidad es una invención, una construcción histórica. Y esa construcción de la identidad nacional es una máquina segregadora de recuerdos y de olvidos que olvida tanto como recuerda del pasado.

Los chilenos recordamos la epopeya de La Araucana, pero silenciemos la tragedia narrada por el mismo Ercilla. Recordamos los llamados trabajos de la guerra, pero silenciemos los trabajos de la paz; recordamos el encuentro mortal entre españoles e indios, pero no recordamos otras múltiples historias protagonizadas por cautivos o por fugitivos que son historias de encuentro con el diferente; recordamos y convertimos en un elemento constitutivo de nuestros mitos nacionales la importancia que, en la construcción de la nación, tiene la historia terrestre, pero silenciemos la historia marítima del país que, como lo ha demostrado Raúl Concha, un importante historiador, es trascendente para la historia del país; recordamos a héroes -un determinado panteón- que convertimos en íconos nacionales (Lautaro, Caupulicán, Valdivia, Hurtado de Mendoza, O'Higgins, Arturo Prat, Pinochet) y silenciemos a las heroínas, es decir, a las mujeres; privilegamos el recuerdo del orden y lo convertimos en aquello que singulariza nuestra nación como nación, la nación ordenada y tranquila de la que nos habla Jocelyn-Holt, pero tachamos las historias infinitas de desorden y de desmesura; recordamos a los araucanos de «La Araucana», pero despreciamos y exterminamos a los mapuches, los onas, los alacalufes y los chonos.

Esta construcción que denominamos identidad nacional, esta máquina segregadora de olvidos y de recuerdos, deviene un país cuyo signo de identidad se construye negando a sus otros.

El ensayo especialmente escrito en las últimas décadas tiene como una función esencial interrogar esta mitología construida a través de silencios, a través de negaciones; cuestionar estos fundamentos delirantes de nuestra nacionalidad. Existe toda una tradición ilustre del ensayo, cuya característica singular consiste en ser negación de la negación del otro, por ejemplo: Gabriela Mistral, Martín Gusinde, Pablo Neruda, Benjamín Subercaseaux, Jaime Valdivieso, Elicura Chihuailaf, José Gamboa, Leonel Lienlaf, Raúl Zurita, sólo para nombrar casos más interesantes, y entre ellos una definición de país absolutamente desmitificadora como es la de José Gamboa.

La identidad de Chile proviene básicamente de su carácter insular. Ese carácter insular que aisló el país mientras no hubo aviones ni ferrocarriles, no hubo contactos, produjo el milagro de la democracia formal chilena durante el siglo pasado, que fue la única de todo el continente americano. Hubo un pensamiento nacional chileno marcado, en la primera mitad del siglo XX, por un gran desarrollo nacional del ensayo. El gran ensayista nacional ha sido don José Toribio Medina: él es el hombre que más ha escarbado en las esencias nacionales. Después está Mario Góngora con su último ensayo: un estudio sobre la Guerra de Arauco que define el único caso en la historia de América de un país, que durante 3 siglos y medio, está luchando contra un enemigo indígena, el mapuche.

Tal vez el pensamiento nacional chileno está en crisis porque la apertura al mundo lo tergiversó o lo mediatizó. Pero yo creo que Chile es capaz de salir de esa crisis y de autoafirmarse como identidad.

La globalización tiende a la destrucción de las identidades nacionales para generar una sola identidad: la identidad mundial, determinada por las grandes potencias y sobre todo por USA que impone su modo de producción, su cultura, y un sistema de valores que asegure por la eternidad el dominio de las corporaciones más poderosas.

La globalización es una ideología determinada por los dueños del mundo en contra de la mayoría del mundo.

Gilberto Triviños

Leopoldo Castedo

Volodia Teitelboim

MESA 8  
Ensayo  
e identidad nacional

- Bernardo Subercaseaux  
UNIVERSIDAD DE CHILE
- Adriana Valdés  
ACADEMIA IMAGINARIA
- Gilberto Triviños  
UNIV. DE CONCEPCION
- Martin Hopenhayn  
CEPAL

Conduce  
Sergio Marras  
FUNDACION CHILE 21



Jaime Valdivieso

En Chile hay pensamiento propio. Les voy a leer algo de O'Higgins y ustedes me van a decir si esto no es un pensamiento propio. Dice O'Higgins en una carta enviada a John Thomas: *«mis primeros camaradas de juego fueron araucanos y la historia que primero conocí fue la de los héroes y sabios de ese pueblo inconquistable. La raza a la cual pertenecía un pueblo así, me despertó en consecuencia y ha seguido despertándome el interés más profundo. Yo he reflexionado, durante los últimos trece años, con tanta intensidad y devoción sobre la perspectiva de ser útil para instituir un imperio, sólo habitado por los aborígenes de América y donde con las bendiciones que otorga el cristianismo y la civilización, tenga esa raza una oportunidad de probar que en todos los aspectos, no son inferiores a ninguna otra raza que habita este globo.»*

No creo que podamos decir que Chile no tiene identidad, pero sí tiene una identidad absolutamente falseada. Creo que nosotros nacimos con un pecado ontológico que es la mentira. Nunca hemos asumido nuestro carácter de país mestizo. Nosotros vivimos negando que estamos atravesados por la cultura mapuche. Hace falta una cierta inquietud genésica: averiguar de dónde viene todo esto que estamos viviendo.

El ensayo de Moulian me parece muy interesante e innovador, pero creo que le falta una referencia al pasado. En el caso de Jocelyn-Holt también hay algo que falta: ver de dónde viene todo lo que somos.

Adriana Valdés



Es interesante que la gente de regiones prefiera la globalización a la dependencia del centro de Santiago. También nosotros preferimos la transnacionalización cuando recurrimos a la información para tener una sensación de conexión muy rauda con el resto del mundo. Recuerdo una conversación con Martínez Bonatti en que nos decía «ustedes ya no tienen ninguna justificación para no investigar a nivel mundial». Pero resulta que hay una gran diferencia entre los lugares de poder, que plantea la otra problemática de la subalternidad. Estamos en esa situación global de desventaja en cuanto al poder y lo que debemos tener, en relación con ese poder, es una enorme capacidad de movimiento y desplazamientos, para evitar que se apropie de cualquier cosa; debemos desplazarnos lo suficientemente rápido, fragmentarnos lo suficiente, como para que no haya una mirada desde afuera que nos atrape en la interpretación.

Mi impresión es que el tema de la identidad es interesantísimo mientras uno está en la etapa de búsqueda y de sugerencia y que es la muerte misma apenas uno lo formula. Si creemos realmente haber encontrado una fórmula para la identidad nacional, es el momento en que hay que desplazarse de esa fórmula porque las formulaciones de identidad son muy opresivas.

Hoy día vivimos una situación compleja por este manido tema de la globalización. Hay una suerte de pérdida de competencia del estado y de la nación, tanto en el plano económico como en el plano cultural. Aparecen otras identidades raras que no son nacionales: El Rumpi, por ejemplo, es un fenómeno de identidad con un lenguaje y un sentido de pertenencia, un sentido de identificación y un código. Son identidades híbridas, identidades no localizadas geográficamente que están más allá de lo nacional; están dentro de la nación, pero no son identidades nacionales. Estamos en una suerte de fragmentación de las identidades.

En vez de hablar de identidad, Octavio Paz habla de máscaras para ir definiendo gran parte de toda la cultura popular mexicana como un juego de máscaras. Creo que a Chile esto le viene muy bien, usamos mucho las máscaras. Entonces en vez de intentar fútilmente o inútilmente ir detrás de la máscara para encontrar una especie de rostro inmóvil, verdadero y esencial, que a lo mejor no existe; en vez de resignarnos a que la máscara sea simplemente mentira o disimulo o indolencia, tendríamos más bien que tratar de ver la máscara como un juego.

Podríamos decir de entrada, y no sería la primera vez, que vivimos una especie de personalidad con doble estándar o con doble discurso y podríamos caer en la tentación, que tampoco sería original, de hablar del chileno como un hipócrita. Creo que más bien hay una especie de operador, entre cultural y psicológico, que nos permite ir desplazándonos entre el olvido y la memoria según la situación que tenemos que enfrentar. Creo que lo que caracteriza al chileno, tal como apareció una vez en alguna encuesta de valores que hizo el Instituto Sur, a través de Javier Martínez, es el miedo atávico al desborde, al caos. Y me parece bastante razonable que una cultura que se caracteriza por tenerle un miedo atávico al caos, opere sobre la base de la memoria y el olvido o sobre la base de la negación; la negación selectiva que le permite mantener una cierta ilusión de estabilidad.

Me parece que han aparecido recientemente algunos ensayos que han contribuido, no sé si al autoanálisis pero por lo menos a poner sobre el tapete lo que el chileno precisamente busca más negar de sí mismo. Tal es el caso me parece de *El peso de la noche* de Alfredo Jocelyn-Holt, cuando habla precisamente de la falta de consistencia valórica de una clase dirigente, el best seller de Tomás Moulian que hace referencia a una especie de gatopardismo inscrito en la clase política. El tema de este río que, por arriba, parece fluir sin muchas complicaciones pero que, por debajo, trae piedras y ruidos subterráneos fuertes, también tiene que ver con una pretensión de hacer de los éxitos una pastilla mágica de amnesia, un poco al estilo de lo que fue el milagro alemán. Esta situación engancha muy bien con algo que es propio de la tendencia identitaria chilena a querer salir arrancando hacia adelante frente a situaciones traumáticas, apoyados en una serie de indicadores de éxito que produce una situación de autocomplacencia amnésica.

También estamos muy tensados entre la ilusión de homogeneidad, por un lado, y por lo tanto el rechazo de la heterogeneidad y, por otra parte, el hecho de que siendo hoy día Chile un país abierto al mundo, comunicacionalmente y comercialmente, no podemos al mismo tiempo negar la diferencia y la heterogeneidad, que son parte precisamente de este tipo de modernización aperturista.

Bernardo Subercaseaux

Martin Hopenhayn



## EL ENSAYO CHILENO E HISPANOAMERICANO: INTERROGANTES Y REPLICAS

Roberto Hozven\*

Después de asistir a las interesantes discusiones sobre el ensayo chileno, sus ensayistas y la idoneidad con que han asumido, debatido e interpretado (o no) las preocupaciones y tópicos visibles e invisibles que agitan a nuestra escena pública,<sup>1</sup> me pregunto, primero, por la red estructural que subyacería a la diversidad temática tratada por el ensayo chileno (digamos su red de «posibles ensayísticos») y, enseguida, por las posibles conexiones de esa red con el itinerario reflexivo seguido por el ensayo hispanoamericano, tal como lo han forjado, y ya fijado, los ensayistas mayores de nuestra tradición. Me concentraré en este segundo asunto.

Sintetizaría la red de posibles ensayísticos chilenos bajo tres grupos de interrogantes, ellas mismas correlativas entre sí. Primero: ¿quiénes somos? ¿por qué nuestro ser, el lugar y procesos por los que nos convertimos en sujetos, se nos da como una familiaridad extranjera? Lo que Octavio Paz acuñó como la condena a «buscar en nuestra tierra, la otra tierra; en la otra, la nuestra». Segundo: ¿cómo representar discursivamente esta identidad, a la vez fija y en proceso de formación, nacional e internacional, histórica y mítica, política y poética? Tercero: ¿por qué la interrogación antropológico-histórica sobre la identidad nacional coincide casi siempre con la exigencia poético-política de acuñar una palabra original, crítica, no ideologizada, para reconocernos a contrapelo en ella?

Con respecto al itinerario del ensayo hispanoamericano, consideremos esta cita:

«... desde los 1900 Hispanoamérica tuvo que efectuar complejas elecciones de carácter ideológico al mismo tiempo que urgentes problemas de auto-descubrimiento y auto-definición. Estas preocupaciones se filtraron en todas las manifestaciones de su vida literaria, pero fueron los ensayistas los que las asumieron y expresaron más directamente. El ensayo, fiel a su creador, Montaigne, de modo característico, revela un hilo de duda, un grado de escepticismo y una tendencia de parte del ensayista a considerar las cosas examinadas desde más de un solo punto de vista. [...] no debemos, entonces, admirarnos por qué los escritores hispanoamericanos optaron por este género de las alternativas y tentativas, por excelencia.»<sup>2</sup>

Retengamos lo esencial. Primero, en Hispanoamérica el ensayo ha sido el género escogido por sus escritores para interrogarse sobre la identidad, la cultura y el modo de ser nacionales, campo de acción selectivo del ensayo hispanoamericano. Segundo: la razón de esta preferencia la impulsó la naturaleza tropológica del género: opera con escepticismo, permite una metodología de la sospecha y favorece una aproximación «cubista», en rotación, a los fenómenos estudiados al abordarlos desde múltiples perspectivas.

Según Stabb y otros críticos que han profundizado en la tradición, naturaleza y función culturales del ensayo en Hispanoamérica (Alberto Zum Felde, Peter Earle-Robert Mead Jr., José Miguel Oviedo, Roberto González Echevarría, Luiz Costa Lima, Enrico Mario Santi, entre los más salientes), el ensayo es el instrumento cognoscitivo más favorecido por nuestros escritores para explorar la naturaleza y funcionamiento de la identidad cultural de las naciones hispanoamericanas. También es el género del que mejor se han servido los estudiosos para investigar ese mismo objeto. Las razones son varias:

Primero: la temática de la identidad nacional y continental ha predominado en el ensayo hispanoamericano desde

los orígenes coloniales hasta el presente (Alberto Zum Felde). Nuestra modernidad comienza con la interrogación y alegatos de Simón Bolívar en pro de la independencia política y mental del régimen colonial español, tan pronto como desde 1815 («Carta de Jamaica») y se continúa en sus escritos mayores (1818, «Discurso de Angostura») y correspondencia posteriores. Roberto González Echevarría observa, además, que si la literatura hispanoamericana ha tratado de imaginar una unidad cultural desde los comienzos de su historia, precisamente ha sido porque la emergencia nacionalista de los países hispanoamericanos coincidió con los comienzos de la modernidad en Europa.

Segundo: el ensayo hispanoamericano ha hecho suya una tarea incómoda, que no pocas persecuciones y humillaciones le ha significado a sus autores: la de cuestionar la autoridad moral y política del Administrador Público (el caudillo, el Sr. Presidente, la oligarquía o burocracia) en turno desenmascarándola en la ilegitimidad de su uso del lenguaje, porque «uno no puede decir «democracia», «madre patria» o «libertad» de la misma manera que lo dicen nuestros adversarios. Si así fuera, uno realmente no expresaría la experiencia viviente del socialismo» (Julio Cortázar). El léxico —según Cortázar— debe ser *singularizado*. Es lo que han hecho nuestros ensayistas con los análisis filológico-culturales de términos tales como «chingar» (O. Paz, *El laberinto de la soledad*, 1950), «salvaje» (D. E. Sarmiento, *Facundo*, 1845, o Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, 1976), «habeas corpus» (del mismo Sarmiento, *Viajes*, 1849) o «choteo» (Jorge Mañach, *Indagación del choteo*, 1928). En todos estos análisis, los autores restituyen los sentidos escamoteados explorando las fronteras internas y externas de los tabúes e impasses enunciativos que ha impuesto la doxa, en cuanto este uso ya no habla sino que, más bien, borra los sentidos que realmente lo determinan.

Tercero: dado que el ensayo discute definiciones y programas de acción culturales en un amplio sentido, el ensayo está operativa y prácticamente más próximo del estado y de sus instituciones educativas, periodísticas y culturales que —digamos— la poesía o la novela. Y la figura textual que representa esta proximidad polémica, entre el ensayo y los poderes ideológicos y políticos dentro de la tradición ensayística hispanoamericana, es el maestro. Próspero en el *Ariel*; Sarmiento, un maestro él mismo, enseña al mundo las causas de la barbarie rosista en el *Facundo*. Y está toda la estirpe de ensayistas magisteriales que sigue: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ezequiel Martínez Estrada y, hoy, Octavio Paz, uno de los últimos educadores continentales de Hispanoamérica en materias que van desde las artes y la literatura al análisis económico, político e histórico de los eventos nacionales e internacionales. Su crítica, la de todos estos maestros, ha hecho más habitable nuestro continente al desintoxicarlo de la mentira institucional y de la mascarada lingüístico-ideológica. En este sentido, el ensayo no vale como un evento único, a lo que se limitaría un artículo periodístico, sino que opera como un reactivo que interviene pragmáticamente en el cuerpo social. Es decir, el ensayo coacciona aquello mismo que solicita, realiza performativamente lo que lo urge en lo que dice. En *Recuerdos de provincia*, de 1850, Domingo F. Sarmiento escribe tanto un ensayo de biografía

cultural de sus antepasados (los gutres) como una carta de presentación política (del provinciano en la capital) con la que prepara su candidatura presidencial por venir. Su lema es revelador: «provinciano en Buenos Aires, capitalino en la provincia y argentino en todas partes».

Cuarto: dado que en Hispanoamérica la literatura es el equivalente del pensamiento crítico, deficitario en nuestras sociedades por la casi inexistencia de nuestra Ilustración, el ensayo de crítica social y moral se ha transformado entre nosotros en el termómetro de nuestra temperatura moral colectiva y en uno de los protagonistas del autoexamen de nuestro estado de conciencia individual, tarea que la razón política no ha realizado. A su vez, por esta razón, los ensayos mayores de nuestro continente han reflexionado recurrentemente sobre la existencia, autenticidad y pertinencia de una identidad hispanoamericana, precisamente, a partir de la especificidad de nuestra propia literatura. Por ejemplo: *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada, o el *Ulises criollo* de José Vasconcelos.

Quinto: en cuanto discurso, el ensayo es, antes que nada, *relato* —en el sentido universalizado por los estructuralistas. Pero es un relato particular. Para comenzar, es un relato pragmático que se sirve de la imaginación como una estrategia analítica para diversificar los planos de aproximación e interpretación del objeto estudiado. Enseguida, es un relato cuya dominante es la inquisición de la realidad incluyéndose a sí mismo. Interrogación que es también interpelación al lector para hacerlo participar en los acontecimientos, literales o figurados, que nos cuenta. Acontecimientos que traducen el encadenamiento de una inteligencia que discurre: relato a la búsqueda de un lector crítico para reflexionar con él sobre las razones de lo que cuenta. La conciencia del ensayista viaja con lo que describe; dialoga con el lector desde dentro de lo que está percibiendo, tanto sobre sus temas como sobre los procedimientos por los que los textualiza. El ensayo es así un relato, escalamadamente autorreflexivo, que podría hacer suya la observación de Boileau, recordada por Borges: «El momento en que hablo está lejos de mí». El «yo que habla» está lejos de «sí» porque el ensayo actual no identifica el acto de producir el enunciado con el acto de reconocerlo. Antes bien, entre la conciencia textual que escribió el ensayo y la conciencia que lo lee se produce un hiato, equivalente a un distanciamiento y a un «extrañamiento» del yo consigo mismo. Si el ensayo actual no se deja leer desde el lugar en que se lo escribió es porque, en el pasaje del acto de producir el enunciado al acto de reconocerlo, *el yo textual se transformó en otro del que era*. Este deslizamiento de la conciencia, que ocurre entre la producción y el reconocimiento, obliga al lector del ensayo de hoy día a preguntarse constantemente si lo que está leyendo es, efectivamente, lo que está comprendiendo; puesto que lo que lee, en cada momento, ya le parece distinto de lo que leía. Son los avatares de la enunciación autorreflexiva, inevitable en el ensayo teórico que, hoy día, en Latinoamérica, no puede dejar de rumiarse lo que escribe.

Sexto: la autorreflexión, esa práctica por la cual el discurso reflexiona lo que dice autocriticándose a sí mismo, es menos un atributo de «filósofos» que una necesidad consciente del discurso crítico cuando construye su objeto de conocimiento sujeto a los embates y presiones de la *situación* (consciente o inconsciente) en la cual es usado. Y esta situación, hoy día, está marcada por los *campos globales de coexistencia* que sobredeterminan a cualquier ensayo o acto crítico

co. Campos globales configurados tanto por los saberes interdisciplinarios, que se intersectan los unos a los otros, como por el oficio de vivir en nuestra urbe postmoderna: colmena híbrida donde se intersectan experiencias y mensajes congruente e incongruentemente disonantes, y de los que *hay que dar cuenta*.

Entre nosotros, es lo que hace recientemente Alfredo Jocelyn-Holt, en su ensayo histórico *El peso de la noche* (Santiago, 1997). Ensayo paradigmático de una inquisición que pone en suspenso sus propios enunciados, ensayo que avanza dando cuenta de sus intersecciones coyunturales y estructurales con los otros discursos, tanto con los de la tradición como con los de los «paratradición», es decir, con los que también están «junto a», «al margen de» o «contra» los saberes y prácticas académicamente reconocidas. Lo que Nelly Richard llamó «la exterioridad viva —desamurallada— de los procesos y sucesos negados por la clausura universitaria».<sup>3</sup> Enunciación autorreflexiva sancionada como «filosófica» (*whatever!*) por S. Collier y W. F. Sater; y que ellos descalifican, muy consecuentemente, desde su crítica anacrónicamente positivista y documentalista.<sup>4</sup> También ejemplificador, a este respecto, es el ensayo sociológico *Chile actual. Anatomía de un mito* (Santiago, 1997), de Tomás Moulian. Desde el «Prólogo» de su ensayo, Tomás Moulian sopesa explícitamente los pros y contras de adoptar o no un discurso autorreflexivo para escribir su texto; el que menos escoge que se le impone por la naturaleza de su crítica genealógica. En el análisis histórico y metadiscursivo de Richard, la autorreflexividad conformaría una más de las «señales de reforma del pensamiento» por las cuales los nuevos discursos críticos manifiestan «un deseo de *experimentación con el sentido* más que de *interpretación del sentido*» (70-71). Deseo de experimentar más que de interpretar porque lo que el nuevo discurso crítico trata de performar, en cuanto «discurso de la crisis» (Rodrigo Cánovas), es el de «los procesos y sucesos de una cultura y una sociedad *hecha pedazos*» «por la desestructuración de los marcos de experiencia y comprensión del universo chileno» (71). En consecuencia, transponiendo lo anterior, la autorreflexividad discursiva, hoy día en Chile, es menos una elección estilística que uno de los dispositivos representacionales indispensables para poner en escena, para reensamblar, «estratos psicosociales del cuerpo chileno» (*Ibid.*). Quizá, por lo mismo, la autorreflexividad sea la forma predominante que sintomatiza hoy día al «discurso de la crisis» en su vertiente conjuntiva de quehacer teórico y de práctica artística; y de la que considero emblemática la obra pictórico-ensayística de Eugenio Dittborn.

\* Artículo elaborado dentro del marco del Proyecto de Investigación FONDECYT N° 1980789.

<sup>1</sup> Discusiones que tuvieron lugar los días 13 y 14 de enero de 1998, dentro del marco del Primer Congreso Nacional de Ensayo.

<sup>2</sup> Martin S. Stabb, *In Quest of Identity. Patterns in the Spanish American Essay of Ideas: 1890-1960*. (Austin: Texas University Press, 1967), pp. 10-11.

<sup>3</sup> Cf. su «En torno a las ciencias sociales: líneas de fuerza y puntos de fuga.» *La insubordinación de los signos. (Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*. Santiago: Ed. Cuarto Propio, 1994, p. 70.

<sup>4</sup> Cf. Simon Collier y William F. Sater, «*El peso de la noche* visto desde otras noches.» *Artes y Letras, El Mercurio*, domingo 15 de febrero de 1998, E, p. 16.

\* Profesor titular del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor, entre otras publicaciones críticas, de *Octavio Paz, viajero del presente* (1994).



# PRIMER CONGRESO DE ENSAYISTAS CHILENOS

Organiza



**REVISTA  
DE CRITICA  
CULTURAL**

Financia



Las versiones completas en video de las ocho mesas temáticas se encuentran disponibles en la serie *Las imágenes de Chile 21*. Ellas pueden ser solicitadas al 236 40 41 - 38 - 39, Santiago.